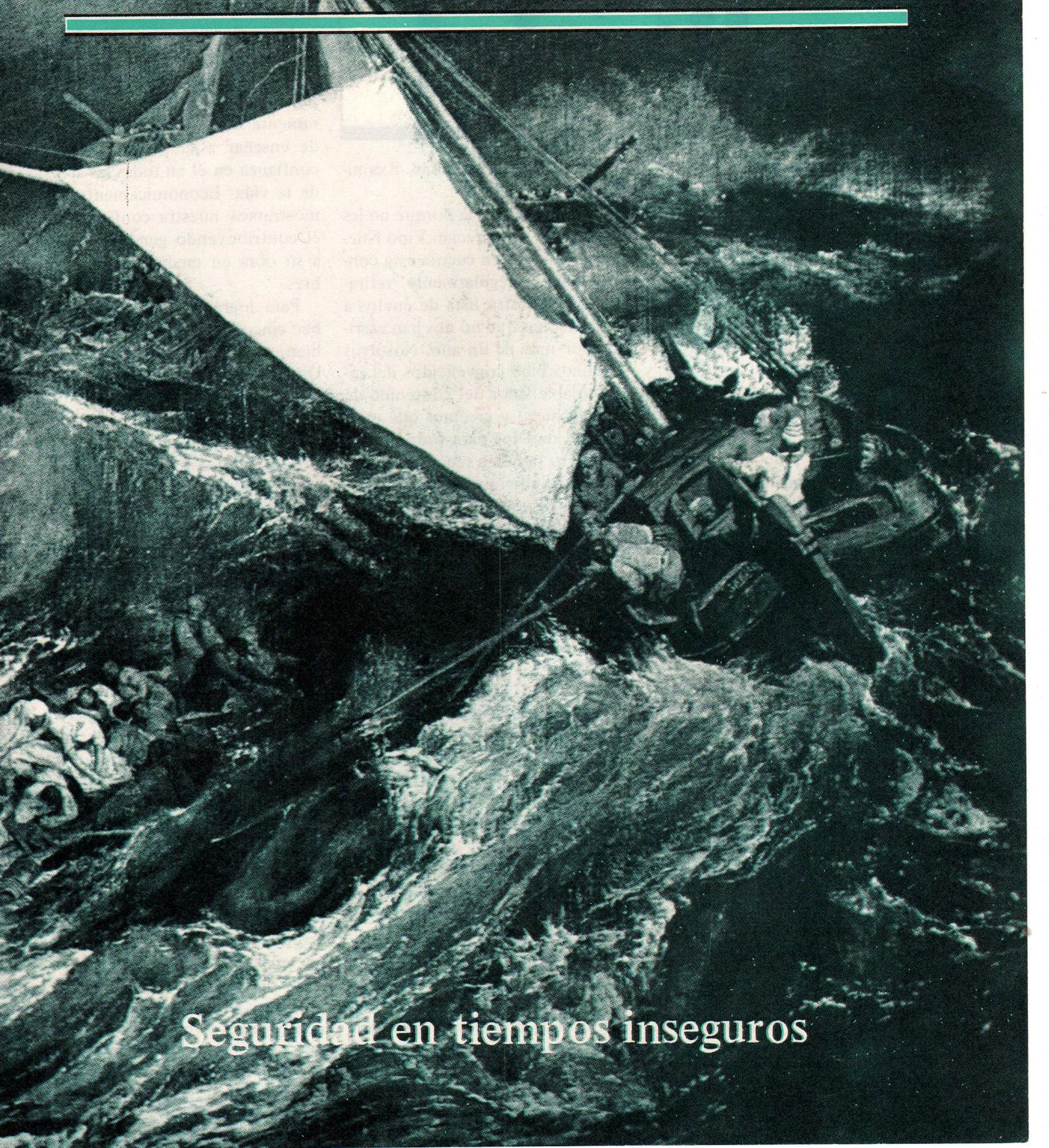


JULIO/AGOSTO 1983

Vino Nuevo



Seguridad en tiempos inseguros

Director:
Hugo M. Zelaya

editorial

Aparte del anuncio publicado en la última página de VINO NUEVO, muy raras veces hemos hecho llamadas de auxilio económico para costear los gastos de su publicación. Durante 8 años la hemos enviado a muchos, sin recibir a cambio una sola ofrenda.

En todos estos años, nos ha movido el deseo de fortalecer y enriquecer el Cuerpo del Señor, de habla española, con el mensaje de la Palabra de Dios, expresado en principios practicables y relevantes a nuestra situación.

Tenemos toda la intención de seguir este curso mientras el Señor continúe supliendo los gastos por medio de nuestros hermanos del norte. Sin embargo, hay algo que nos molesta y lo quisiéramos pensar junto con usted. Nuestros hermanos de New Wine están dispuestos a seguir contribuyendo indefinidamente con el grueso del costo de Vino Nuevo. Pero nosotros pensamos que ya es tiempo que nuestros lectores sean quienes sostengan la revista y que esos recursos se destinen a publicaciones en otros idiomas.

Hasta ahora, sólo un grupo muy reducido de nuestros suscriptores contribuyen con dinero a la publicación de Vino Nuevo. Ignoramos qué sienten los demás con respecto a su responsabilidad de sostenerla económicamente. Esta falta de colaboración podría ser la in-

dicación de varias cosas. Examinemos tres:

La primera sería porque no les interesa o no aprecian Vino Nuevo. Tomando en cuenta esta consideración, regularmente retiramos de nuestra lista de envíos a las personas que no nos han escrito por más de un año. Nosotros estamos bien convencidos del incalculable valor del contenido de Vino Nuevo y creemos que es la verdad de Dios para toda la Iglesia; pero también reconocemos el derecho individual de los hermanos de discrepar y no queremos meter a la fuerza la revista en sus hogares.

La segunda sería por descuido. Algunos tienen la buena intención de enviar su aporte, pero dejan pasar el tiempo y no lo hacen. Hemos pensado enviar cartas para recordarles, pero eso demandaría un gasto extraordinario que no estamos en condiciones de sufragar. Confiamos que cuando usted lea este editorial, obedecerá al impulso del Espíritu y hará por nosotros lo adecuado.

La tercera es que se nos ha acostumbrado a que se nos regale la literatura cristiana y ni siquiera se nos ocurre pensar que alguien tiene que pagar el costo de su producción. En una forma inocente hemos sido mal enseñados a sólo recibir y no a dar. La Biblia habla tanto de la bondad, la misericor-

dia y la provisión de Dios, como de dar y de honrar con nuestro dinero a Dios y a sus ministerios en la tierra. Eso incluye las publicaciones que llevan su mensaje a todos los pueblos.

La inclinación natural es la de solo recibir. Tenemos que aprender a dar y tenemos que hacerlo por fe. Las Escrituras hablan claramente de la intención de Dios de enseñar a su pueblo a tener confianza en él en todas las áreas de la vida. Económicamente demostramos nuestra confianza en él contribuyendo generosamente a su obra en medio de los hombres.

Para lograrlo, necesitamos saber cinco principios que quedan bien establecidos en la Palabra de Dios. 1. Dios declara que todo le pertenece a él. 2. Dios nunca pide lo que no tenemos. 3. Dios cuando pide, tiene en su corazón dar y no quitar. 4. Dios quiere multiplicar lo que tenemos. 5. Dios no multiplica lo que no le damos.

Llevamos este asunto al terreno de la práctica en relación con Vino Nuevo, haciéndole dos preguntas y pidiéndole que les responda con toda sinceridad. ¿Cree usted que Vino Nuevo está supliendo una necesidad espiritual en su vida? 2. ¿Quiere que otros se beneficien también con Vino Nuevo? Si la respuesta ha sido afirmativa, entonces decídase a contribuir. Si no puede enviar todo el aporte anual de una sola vez, hágalo proporcionalmente cada seis o doce meses. Si honestamente no puede hacerlo ni proporcionalmente, mande la mitad o menos, pero no se pierda la bendición de participar en la responsabilidad económica de este ministerio. Hágalo para Dios y él multiplicará su dinero y lo devolverá con creces.

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Suscripciones:

Andrés Villavicencio Matus

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica

© Copyright 1983
Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión "La Biblia de las Américas", The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody. De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica.

CONTENIDO

36

Ayer, hoy y para siempre
Bob Mumford

42

Liberados de la conciencia - Parte II
Francis E. Schaeffer

46

La economía trascendental de Dios
Joseph Garlington

51

La confianza
Derek Prince

56

Miedo al miedo
Edith Schaeffer

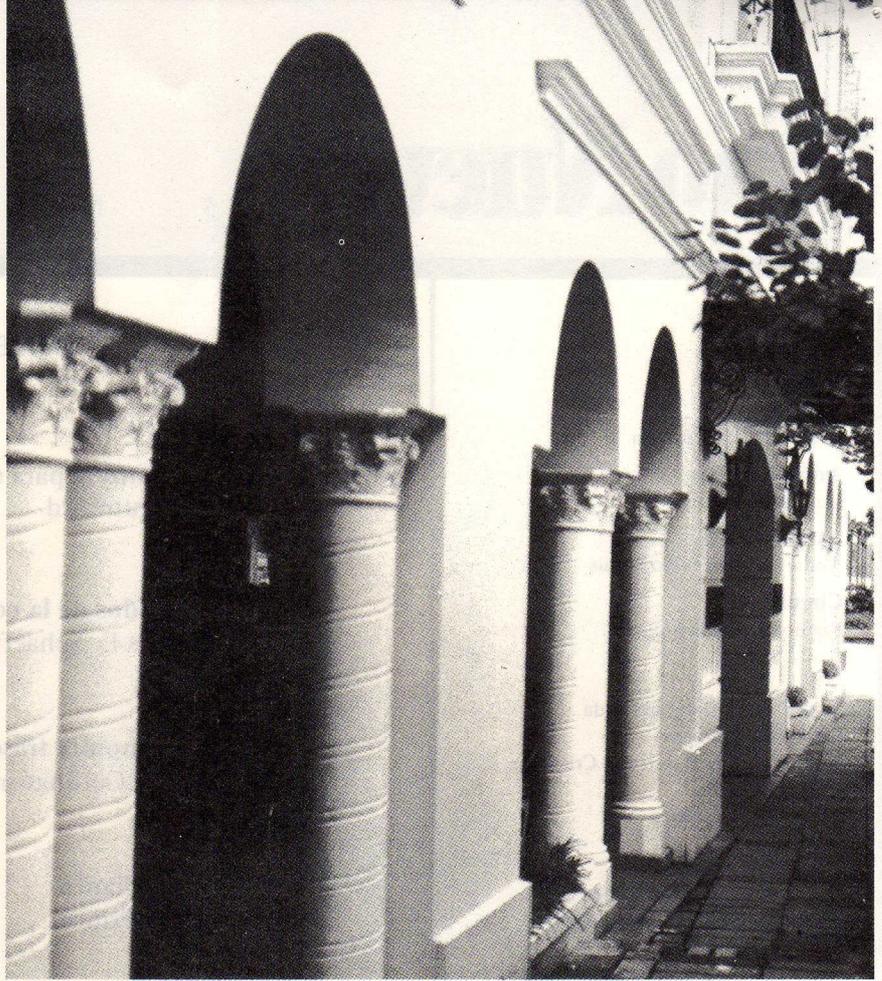
58

Una raíz firme
Robert Grant

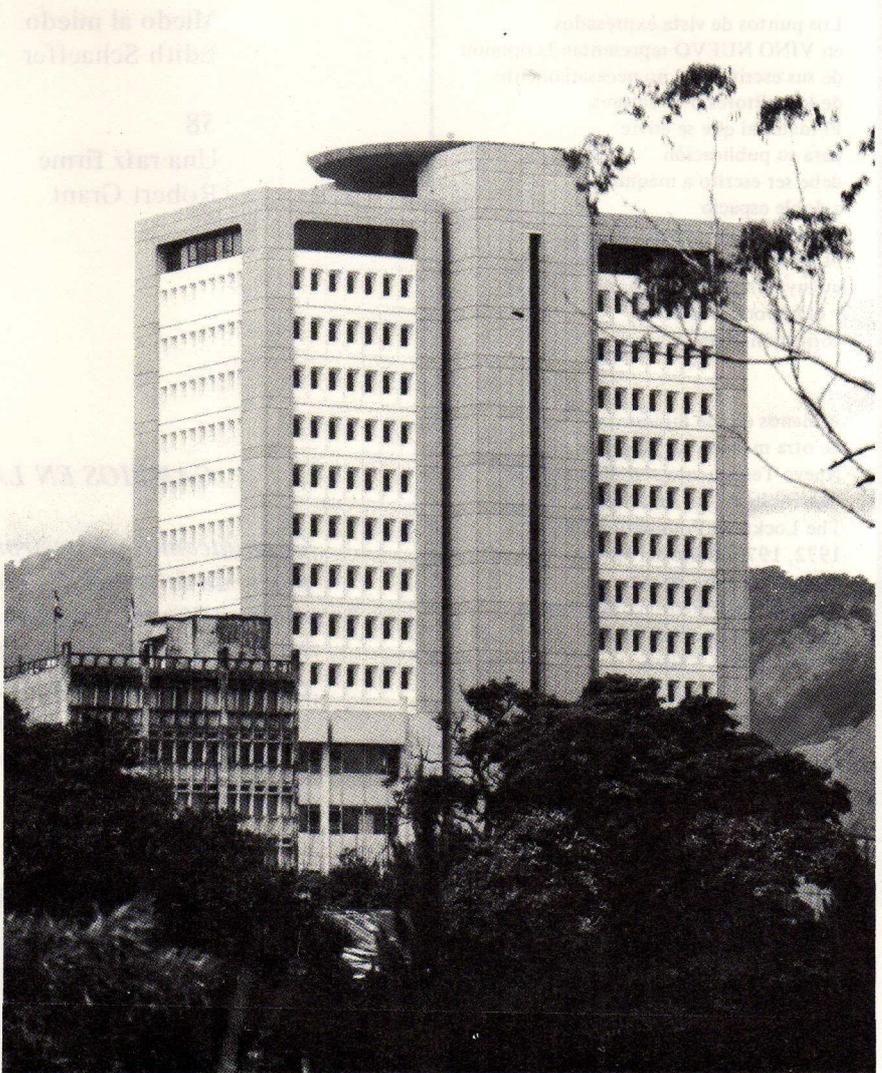
CAMBIOS EN LA NUMERACION

Comunicamos a nuestros estimados lectores que a partir de la presente edición de VINO NUEVO la numeración de las páginas se hará en orden correlativo para dar continuidad a las revistas que compondrán cada volumen. Estamos seguros que este cambio favorecerá los intentos de coleccionar las revistas, y éstas en volúmenes, según las sugerencias que ya hemos hecho.

A
Y
E
R



H
O
Y





Y PARA SIEMPRE

por Bob Mumford

Un día, una joven señora decidió salir de compras, pensando hacerlo en la tienda del vecindario donde ella y su madre solían ir cuando era una niña. Habían transcurrido varios meses desde la última vez que había visitado esa tienda en particular; puso a los niños en el coche y se dirigió al lugar. Pero cuando hizo el último viraje para enfrentarse a la tienda, descubrió que ésta ya no estaba allí; en su lugar había un edificio de oficinas. El sentido repentino del cambio la conmovió tanto que se detuvo en media calle y comenzó a llorar. La señora estaba asombrada porque en sólo unos cuantos meses, lo que había sido un punto sobresaliente de su vida, había desaparecido. Eso la había llenado de incertidumbre, más de lo que jamás habría podido imaginarse.

El cambio en nuestra sociedad es una ocurrencia de la vida diaria. Pero Dios quiere que enfrentemos esta eventualidad trastornadora con una confianza que nos haga estar seguros en medio de tiempos inseguros. El escritor de Hebreos declara que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los

siglos” (13:8). Esto significa que si comprendemos a Cristo y nos asimos a él habremos encontrado la llave para la seguridad. Unos podrán conocerlo como al Perdonador de nuestros pecados, sin saber que él es también quien nos mantiene estables en medio de las tormentas de la vida y las circunstancias hostiles que a menudo nos rodean. Tenemos que ir más allá del conocimiento que hemos sido perdonados por Cristo. Por la gracia de Dios y por su Palabra, tenemos que tomar la esperanza, que es el ancla del alma, y enterrarla firmemente en la eterna naturaleza de Cristo. Sólo eso nos podrá mantener espiritual, mental y emocionalmente seguros en medio de un mundo cambiante.

La tentación que todos nosotros tenemos a veces es “comenzar en el espíritu y terminar en la carne” para parafrasear lo que Pablo dijo a los Gálatas. ¿Cuántos de nosotros le hemos dicho al Señor: “Si me libras de ésta, permaneceré firme en la siguiente”?

Esa no es la actitud que Dios quiere que tengamos. Cuanto más caminamos con el Señor, tanto

más comprendemos que le necesitamos. Si él no nos ayuda, todo está perdido. Nuestra dependencia del Señor aumenta con nuestra madurez.

Hay en nuestros días, una multitud de voces y de opiniones e interpretaciones conflictivas que compiten dentro de la Iglesia. A veces nos parece que es imposible encontrar seguridad con tan diversa multitud de ideas. Pero el Señor me ha mostrado que esa diversidad de opiniones es común en todas las disciplinas, no sólo en la teología. No todos los doctores, ni los políticos, ni los abogados están siempre de acuerdo. Dios quiere que insistamos, en medio de las diferencias doctrinales hasta poder afirmar nuestra ancla en Jesucristo y encontrar así la estabilidad y la realidad. El reto primordial para nosotros no es ir de iglesia en iglesia buscando la que tenga la doctrina "correcta", sino encontrarnos con Cristo de tal manera que no podamos ser sacudidos.

Un pueblo inmovible

Es irónico que Dios trae firmeza *sacudiendo*. Es importante que comprendamos que para hacernos un pueblo inmovible, Dios primero sacude todo lo que puede ser sacudido para que permanezcan sólo las cosas firmes. Una buena ilustración de este principio es Abraham. Dios le dijo que llevara a su hijo al monte para sacrificarlo. Abraham no entendía lo que Dios quería. Miles de dudas debieron acudir a su mente mientras ascendía por aquella montaña, pero Dios sabía que había cosas en Abraham que tenían que ser sacudidas. Después de esa experiencia, Abraham se convirtió en el padre de la fe, un hombre inmovible en su relación con Dios.

Bob Mumford es graduado del Seminario Episcopal Reformado de Filadelfia, E.U.A. Ha servido como decano del Instituto Bíblico Elim y como pastor, evangelista y conferenciante. Bob ha escrito también libros sobre diversos aspectos de la vida cristiana. Es miembro de la Junta Editorial de New Wine y vive con su esposa y familia en Mobile, Alabama, E.U.A.



A veces Dios tiene que sacudirnos para que salgamos de las tradiciones y las opiniones que nos han impedido conocer la verdadera seguridad.

A veces Dios tiene que sacudirnos para que salgamos de las tradiciones y las opiniones que nos han impedido conocer la verdadera seguridad. Lo único seguro es el Dios de las Escrituras. Encontrarle no siempre es fácil debido a las extrañas ideas que tenemos y que se interponen. Si queremos experimentar seguridad en tiempos inseguros, tenemos que aprender que la verdad de Dios no perturbará nunca a las otras verdades. Si Dios ha puesto su verdad en nuestra alma, esta nunca alterará la nueva verdad que aprendamos. Sin duda que turbará nuestras tradiciones, opiniones e interpretaciones, pero no lo que es genuinamente la verdad.

El Señor eterno

Nuestra meta es entender que Jesús es el Señor de la eternidad: el Señor de todo el tiempo. Nosotros estamos forzados a vivir dentro del tiempo y por eso lo dividimos en pasado, presente y futuro. Si comprendemos que Jesucristo es realmente el Señor, entonces sabremos que lo es del ayer, del hoy y del siempre. El fue ayer el mismo que es hoy y lo es para siempre. El es el Señor de cualquier cosa que haya en el futuro.

En Lucas 10:18 Jesús dice a sus discípulos: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo." No creo que hayamos entendido realmente todas las implicaciones de esta declaración. Jesús estaba diciendo que no importa la manera en que el futuro se desarrollara, la gran batalla había sido peleada y ganada ya. Jesús derrotó a Satanás en la cruz y la única esperanza que la Iglesia tiene es su victoria decisiva, que asegura lo que Dios quiere hacer hoy y en el futuro. La era venidera está en

teramente en sus manos. Dentro de mí hay una seguridad que no depende de las circunstancias, porque comprendo que Jesucristo es el eterno Señor del tiempo.

Principios eternos

La epístola a los Hebreos fue escrita para creyentes judíos que habían tenido un encuentro con el Cristo vivo y esa experiencia había trastornado su mundo y les había causado muchos problemas. Estaban pasando por una transición importante y el escritor quería obsequiarles algunos principios que les ayudaran en esos tiempos de inseguridad. Estas verdades no están sujetas a ajustes teológicos, ni tampoco serán anticuadas con el transcurso del tiempo. Son eternas porque están arraigadas en el Cristo eterno, Señor del tiempo.

A menudo la gente piensa engañosamente que los principios morales y espirituales no son eternos, sino que cambian de generación en generación. Igual que cambian las modas año con año, desafortunadamente en los círculos teológicos estamos inclinados a seguir ciertas corrientes. Una vez alguien me preguntó si yo creía en la "nueva moralidad." Yo le respondí: "Si me pudieras mostrar un pecado nuevo, yo podría creer en una moralidad nueva."

No hay nada nuevo que se haya inventado en lo moral y lo espiritual. Estamos teniendo la misma vieja lucha de Adán y Eva: "el pecado entró en el mundo por medio de un hombre... y se extendió a todos." Pero Dios ganó la victoria para todos los tiempos por medio de su Hijo y el escritor de Hebreos está sacando de la naturaleza del Cristo eterno, principios igualmente eternos que no cambiarán la semana entrante, o el año que sigue, ni nunca. El autor quiere que echemos ancla en Jesucristo, que nos aseguremos que esté firme para que por la gracia de Dios gobernemos nuestras vidas como hombres y mujeres en Cristo, el Señor del tiempo.

Los cristianos judíos del primer siglo vivían bajo circunstancias inseguras semejantes a las nuestras -tal vez más intensas y físicamente más peligrosas. En el capítulo 12 leemos:

Y su voz hizo temblar la tierra entonces, pero ahora El ha prometido, diciendo: "Todavía otra vez haré temblar no solo la tierra, sino también el cielo."

Y esta expresión: "Todavía otra vez," indica que se quitan las cosas que pueden ser sacu-

didadas, como las cosas creadas, a fin de que permanezcan las cosas que no pueden ser sacudidas (12:26, 27).

El autor habla de "cosas que no pueden ser sacudidas" y luego enumera nueve principios diseñados por Dios para anclar nuestras vidas en la seguridad de Cristo.

El amor permanece

El primero lo encontramos en el capítulo 13, versículo 1: "Continúe el amor fraternal." El verdadero amor permanece. Cuando una sociedad comienza a desintegrarse, el primer indicio es que la gente se preocupa por su propia preservación y, finalmente, se vuelve egoísta. Nuestra sociedad está cambiando y nosotros no sabemos cómo enfrentarnos a ello, por eso tratamos de proteger lo que es "nuestro." Es difícil amar en un clima así, o poner las necesidades de los otros antes que las nuestras. Jesús dijo que cuando vinieran las presiones de los últimos días, "el amor de muchos se enfriará" (Mt. 24:12). La actitud que prevalece es de utilitarismo, es decir, la disposición de usar a la gente para la ganancia personal. La gente se vuelve como el granjero que puso un anuncio en el periódico: "Granjero, 38, desea esposa, 30, con tractor. Favor enviar foto del tractor." Dejar que "permanezca el amor fraternal" es adoptar una actitud de desinterés personal en medio de una sociedad utilitarista y egoísta.

Dejar que "permanezca el amor fraternal" es adoptar una actitud de desinterés personal en medio de una sociedad utilitarista y egoísta.

El segundo principio es "No os olvidéis de mostrar hospitalidad (a extraños), porque por ella algunos, sin saberlo han hospedado ángeles" (13:2). Vivimos en un día en que abundan los hoteles, y

pareciera que la exhortación no tuviera aplicación a nosotros, pero en el tiempo en que fue escrito no se encontraban hoteles en cada esquina. Los viajeros se quedaban a menudo en hogares y cuando alguien tocaba a la puerta, por lo general era un extraño, mojado y sucio por el viaje. El escritor dice: "No rehuses hospedar a un extraño; pudiera ser un ángel que te viene a enseñar la naturaleza del Reino." Pero la advertencia es para nosotros también: nuestro egoísmo pudiera negarnos algo que es de suma importancia. Nuestra actitud debe ser abierta y receptiva para las personas.

Tercero: "Acordaos de los presos, como si estuvierais presos con ellos, y de los maltratados, puesto que vosotros también estáis en el cuerpo" (13:3). Podríamos decir mucho sobre este ministerio, pero el punto importante en estas tres exhortaciones es que están diseñadas para evitar que permanezcamos en el egocentrismo y en el posesivismo que son el espíritu de nuestra sociedad. Las personas abiertas y con deseos de ministrar a otros en amor están ancladas en la naturaleza eterna de Cristo.

El cuarto principio es: "Sea el matrimonio honroso en todos, y el lecho matrimonial sin mancilla, porque a los inmorales y adúlteros los juzgará Dios" (13:4). Lamentablemente, la llamada "revolución sexual" ha invadido a la Iglesia. Pero el mandamiento eterno de Dios sobre el matrimonio y la moralidad no han cambiado. No debemos permitir que nuestro matrimonio sea profanado con el adulterio y el divorcio.

Libres del amor al dinero

Quisiéramos omitir el quinto principio por ser una área delicada: "Sea vuestra manera de vivir libre del amor al dinero, contentos con lo que tenéis, porque El mismo ha dicho: 'Nunca te desampararé, ni te dejaré,' de manera que decimos confiadamente: 'El Señor es mi ayudador; no temeré. ¿Qué me podrá hacer el hombre?'" (13:5-6). Yo no sé de seguro dónde está exactamente la línea entre recibir la provisión de Dios y caer presa del materialismo. Aunque no creo que la pobreza sea una bendición, también me doy cuenta del peligro advertido aquí. Algo sucede a nuestra ancla cuando adoptamos una actitud materialista que nos hace subir o bajar emocional y espiritualmente de acuerdo a las fluctuaciones de nuestras circunstancias económicas. Si confiamos en que Dios es nuestro ayudador, el ancla permanecerá firme.

Ví un buen ejemplo de este principio cuando la planta de la compañía Boeing cerró, dejando a muchas personas sin empleo. Uno podía hacerse de una casa bien cómoda con sólo tomar las mensualidades, porque sus dueños habían cerrado las puertas y sencillamente las habían abandonado. La ciudad pasaba por una fuerte crisis, pero lo maravilloso en medio de la tragedia fue la estabilidad de los que en verdad caminaban con Dios. Se mantuvieron firmes aunque sintieron las presiones alrededor suyo, porque su ancla estaba en el Señor y no en la economía.

El sexto principio está en el versículo 7: "Acordaos de aquellos que os guiaron, que os hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de su vida, imitad su fe." Recientemente, estuve leyendo la historia del Cid. Había sido mortalmente herido, pero quería ir al frente de sus hombres en la batalla. De manera que ordenó a sus ayudantes que lo amarraran a su caballo, lo cubrieran con una capa nueva y no dijeran a la tropa que estaba herido. El Cid murió en su caballo, pero sus soldados le siguieron sin saber siquiera que estaba muerto y ganaron una batalla decisiva en la historia. Este relato ilustra el significado del liderazgo.

Uno de los comentaristas bíblicos dice que este versículo tiene que ver con la martirización de los líderes de la iglesia; su ejemplo en un día de persecución daba valor al resto de los creyentes. El *liderazgo* es un elemento importante para que el pueblo de Dios encuentre seguridad en tiempos inseguros.

El liderazgo es un elemento importante para que el pueblo de Dios encuentre seguridad en tiempos inseguros.

El séptimo principio es: "No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas," (13:9). No es tan difícil como creemos discernir si una enseñanza está de acuerdo o no al Espíritu de Cristo. Cuan-

do un vendedor toca a la puerta y dice: "Hola, su casa ha sido escogida para que sea un modelo en el vecindario. Vamos a ponerle costados de aluminio por el ridículo precio de US\$8000.00," nos damos cuenta que es una carnada. La naturaleza de las doctrinas extrañas es que producen una respuesta extraña en nuestro espíritu. Una buena definición es esta: "las doctrinas erróneas son inventadas según nuestra propia voluntad, no importa cuánto se basen en la Biblia." Cualquiera puede extraer versículos de la Biblia, usarlos fuera de su contexto y probar cualquier cosa. Lo que tenemos que buscar en la enseñanza es el *espíritu* de Cristo, su pensamiento, su voluntad que nos haga caminar con él en libertad y realidad. Busquemos lo que está en el corazón de Dios.

Un sacrificio de alabanza

El octavo principio está en el versículo 15: "Ofrezcamos continuamente mediante El, sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesen su nombre." Bajo el pacto antiguo se sacrificaban bueyes, palomas y otros animales, pero en el nuevo pacto, esos sacrificios se han eliminado y ahora ofrecemos los que la Escritura llama "la ofrenda de nuestros labios" que es un olor grato para Dios. Es la clase de ofrenda que dice: "Señor Jesús, te doy gracias por mi redención; te doy gracias por ser el ancla de mi alma; te doy gracias porque eres el mismo ayer, hoy y por los siglos." La alabanza no es una panacea, pero es de gran ayuda. Es como el hombre que dijo: "El dinero no lo es todo;" a lo que su amigo respondió: "Cierto, pero es un buen abono." La alabanza es de enorme beneficio; una vida de alabanza nos mantiene con la mente en la soberanía de Dios sobre las circunstancias y nos ayuda a afirmar nuestra ancla en él.

Finalmente leemos: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos;" (13:17). En un sentido obedecer y sujetarse quiere decir "ceder a ellos." Una vez un conductor llegó con su automóvil a la entrada de la autopista. Los otros autos en la vía principal pasaban velozmente mientras él esperaba con timidez la ocasión para meterse. Comenzó a formarse una larga fila de autos detrás suyo, hasta que, exasperado, el de atrás sacó la cabeza por la ventana y le gritó: "¡Oiga, amigo, la señal dice ceda, no que se dé por vencido!"

Este versículo no quiere decir que nos demos por vencidos, sino que aprendamos a relacionar-

nos apropiadamente con aquellos a quienes el Señor ha ungido para guiarnos. Eso traerá seguridad y estabilidad a nuestra vida.

La epístola concluye con una hermosa doxología:

Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos al gran Pastor de las ovejas mediante la sangre del pacto eterno, a Jesús nuestro Señor, El os haga aptos en toda obra buena para hacer su voluntad, obrando en nosotros lo que es agradable delante de El mediante Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (13:20-21).

El Dios de paz, la fuente de nuestra tranquilidad en medio de una era turbulenta, ha realizado nuestra redención. El evento central de la historia es que Dios se hizo carne y habitó entre nosotros y nos reveló los propósitos eternos del Dios todopoderoso. Ayer se cumplieron, hoy se comienzan a manifestar y la edad venidera nos pertenece porque somos el pueblo de Dios.

**No importa
lo que el futuro traiga,
es Dios quien obra
en nosotros
para equiparnos
a enfrentarlo.**

El Señor quiere que permanezcamos anclados en él para que sepamos, con el escritor de Hebreos, que no importa lo que el futuro traiga, es Dios quien obra en nosotros para equiparnos a enfrentarlo. La seguridad que experimentamos será evidente y otros podrán ver que Jesucristo es el Señor del tiempo y del cambio y que él gobierna sobre el ayer, sobre el hoy y sobre el mañana.

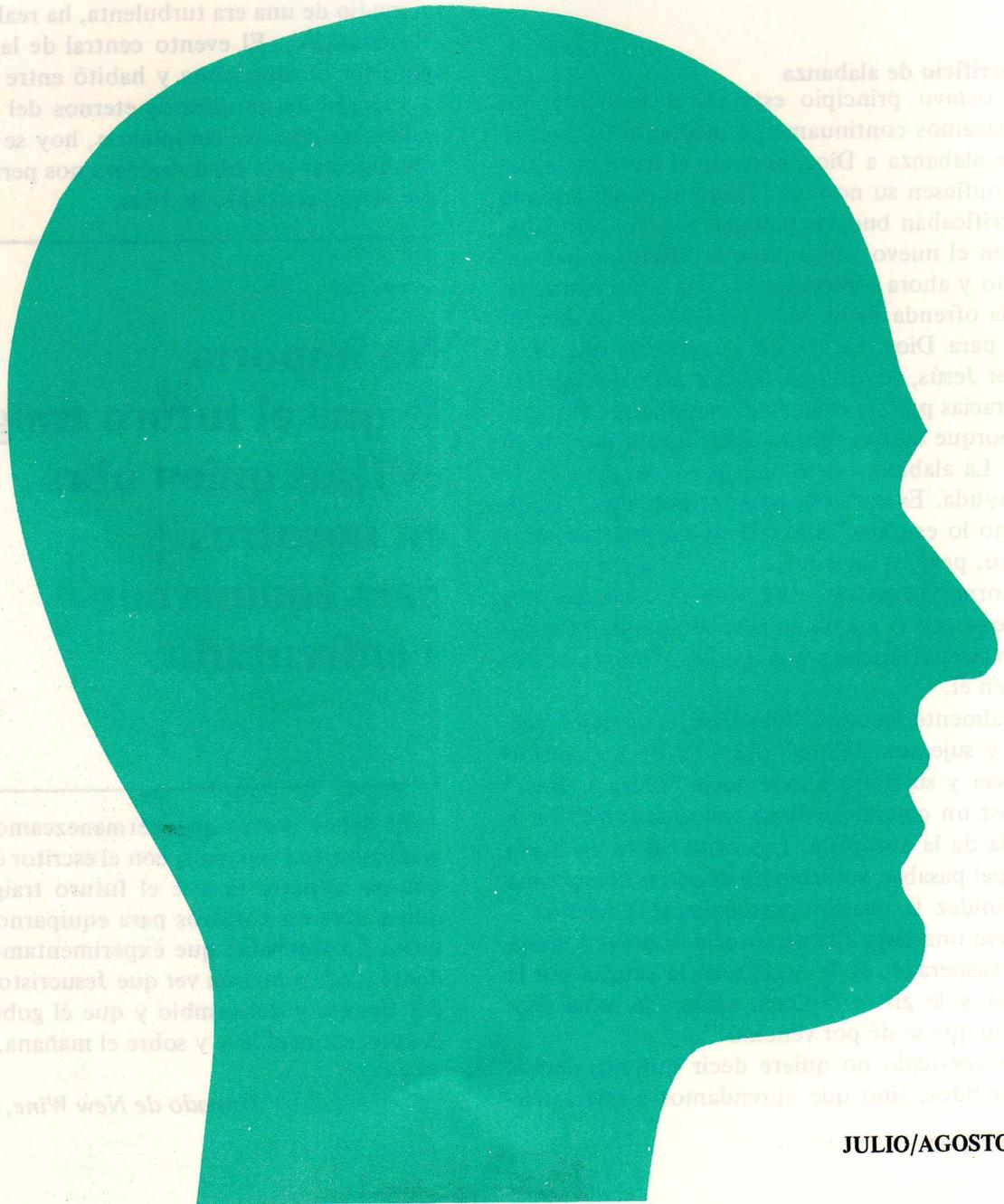
Tomado de New Wine, Julio 1982

Francis Schaeffer, es un renombrado escritor, conferencista, filósofo y teólogo cristiano. Es considerado como uno de los pensadores evangélicos más prominentes de nuestros días. El y su esposa Edith son los fundadores y directores residentes de L'Abri, una comunidad cristiana en los Alpes suizos.

Librados de la conciencia

Segunda parte

Por Francis A. Schaeffer



Vimos ya que existe un paralelo entre justificación y santificación, es decir, entre llegar a ser cristiano y vivir la vida cristiana. El primer paso en la justificación es que debo reconocer que soy pecador, que estoy bajo la justa ira de Dios y que no me puedo salvar a mí mismo. El primer paso para vivir la verdadera vida cristiana es reconocer que no puedo vivir la vida cristiana por mis propias fuerzas o por mi propia bondad. El primer

El primer paso en la justificación es que debo reconocer que soy pecador, que estoy bajo la justa ira de Dios y que no me puedo salvar a mí mismo.

paso para la reanudación de mi vida cristiana después de pecar sigue exactamente la misma línea: debo reconocer que mi pecado concreto es pecado. No son tres principios diferentes; existe un solo principio en estas tres situaciones porque tratamos al mismo Dios y básicamente el mismo problema. Pero ni el ser cristiano ni el producir fruto como cristiano, es de por sí el primer paso suficiente en sí mismo. En cada una de las tres situaciones, debo pues levantar las manos vacías de la fe para recibir el don de Dios en aquel momento. Y cuando yo, cristiano, he pecado, sólo la obra realizada por Jesucristo en el espacio, en el tiempo y en la *historia*, hace ya tiempo en la cruz del Calvario, es lo que basta. Sólo la sangre de Cristo basta para limpiar mi pecado como cristiano y sólo sobre la base de la sangre de Cristo es que desaparece la mancha. Debo poner el pecado concreto bajo la sangre de Jesucristo por la fe. Y ya estamos de nuevo con lo mismo; aquí está la pasividad activa que ya hemos tratado. No lo podemos hacer por nosotros mismos, pero no somos ni palos ni piedras. Dios nos ha hecho a su imagen y nos trata siempre teniendo en cuenta esa realidad.

Ahora bien, de la misma manera que en la zona consciente de la santificación como un todo, así aquí en la restauración, todo descansa sobre la realidad del hecho de que la sangre de Cristo tiene sentido en *nuestra vida presente* y la restauración tiene lugar cuando nosotros, por la fe, actuamos de acuerdo con ese hecho en los casos concretos de pecado. Creo que gran parte del énfasis de la iglesia tradicional y ortodoxa dentro de la corriente histórica de la Reforma, ha subrayado con la fuerza suficiente el aspecto consciente de la vida cristiana. Esta *no* es una "segunda bendición", sino que *consiste* en aprender la realidad del significado de la obra de Jesucristo en la cruz, en nuestra vida presente y en actuar conscientemente de acuerdo con ella, ya desde ahora mismo.

Creo que es esto lo que sabía Juan Wesley. El sabía de una acción directa de Dios en su vida sobre la base de la obra realizada por Jesucristo. Creo que su teología en esta materia estaba mal enfocada y que empleó una terminología errónea, pero ciertamente no tenía una aspiración errónea, sino una correcta: el conocimiento y la práctica de la disponibilidad de la sangre del Señor Jesucristo en el significado presente de nuestra vida. Sin que importen los términos que empleemos para expresarlo, su realidad descansa sobre el conocimiento de lo que Cristo nos ha comprado, no sólo al llevarnos al cielo, sino ya en la vida presente; y entonces empezar a actuar en conformidad a ello en una fe que se tiene momento tras momento.

Y en cuanto al asunto de la restauración: la sangre de Cristo tiene sentido para mí en mi vida actual cuando he caído y me ha abandonado la paz. La restauración debe empezar primero por la *comprensión* de lo que Cristo ha hecho por nosotros en este campo, y entonces empezar a ponerlo en práctica momento tras momento. No se trata de un proceso mecánico; el sentido de la obra de Cristo en nuestra vida actual debe consistir en llevarla a la práctica conscientemente. Pero su base está en la obra realizada por Cristo en la historia.

¡Qué agradecidos debemos estar a Cristo por el relato que nos brinda del hijo pródigo! Se trata de uno que es hijo y que ha caído en lo más hondo del pecado, hasta sepultarse en el fango. La Escritura deja ver con claridad que no es un poquito lo que pecó, incluso desde el punto de vista del mundo. Sus pecados son de los "gordos." Y con todo, su padre permanece esperando el regreso de su hijo pródigo y con los brazos dispuestos para cerrar-

se en torno a él en un estrecho abrazo. La sangre de Cristo puede borrar el pecado más negro. No existe un pecado tan grande que impida reanudar nuestra comunión, si humildemente lo llamamos pecado, y por la fe lo ponemos bajo la sangre de Cristo. Cuando mi corazón me condena y grita, "Has vuelto a pecar," tengo que volver a creer a

No existe un pecado tan grande que impida reanudar nuestra comunión, si humildemente lo llamamos pecado, y por la fe lo ponemos bajo la sangre de Cristo.

Dios, acerca del valor de la obra realizada por Jesucristo. Se ha de pasar por la muerte, como ya hemos visto, antes de que llegue la resurrección. Pero sobre la base de la victoria de Cristo, la resurrección vendrá a continuación de la muerte. La vida cristiana jamás acaba en lo negativo. *Existe* un aspecto negativo, porque el hombre es un rebelde. Pero no acaba ahí, sino que siempre va tras lo positivo. Así como mi cuerpo resucitará un día de entre los muertos, así también yo estoy llamado a vivir ya, ahora, una vida resucitada.

He encontrado que resulta de gran provecho que, cuando un hombre haya aceptado a Cristo como su Salvador, incline su cabeza y le diga a Dios que está allí:

"Gracias por la obra realizada." Indudablemente los hombres han sido salvados y se han ido sin decirle conscientemente "Gracias," pero qué cosa tan maravillosa es cuando un hombre se ha visto a sí mismo como pecador y ha comprendido que estaba perdido; qué cosa tan maravillosa para ese hombre haber aceptado a Cristo como a su Salvador para inclinar luego su cabeza para decir conscientemente "Gracias" por una obra que es *abso-*

lutamente perfecta. Es normal que cuando el recién nacido da las gracias a Dios, alcance la seguridad y goce de un descanso en certeza y paz.

Lo mismo ocurre en la restauración. Aquí se da un paralelismo constante. Si hemos pecado, es maravilloso decir conscientemente: "Gracias a ti por la obra consumada," después de haber puesto nosotros ese pecado concreto bajo la virtud de la obra realizada por Cristo. Si bien no es absolutamente necesaria para la restauración, la acción de gracias consciente comunica seguridad y paz. Decimos "Gracias" por la obra realizada en la cruz que es suficiente para una relación completamente restaurada. Esto no depende de mis emociones, como tampoco dependía de las mismas mi justificación. Sólo depende de la obra realizada por Cristo en la historia y de las promesas objetivas de Dios en la Palabra escrita. Si creo en él y si creo lo que me ha enseñado acerca de la suficiencia de la obra de Cristo para la restauración, puedo tener la seguridad de ser restaurado por muy negra que haya podido ser la falta. En esto consiste la realidad cristiana de la salvación de la esclavitud de la conciencia.

Martín Lutero, en su comentario a los Gálatas, muestra una gran comprensión del hecho de que nuestra salvación incluye la salvación de la esclavitud de nuestra conciencia. Es, por supuesto, natural y correcto que, cuando nos hacemos cristianos, nuestras conciencias se vuelvan incluso más delicadas. Esto es obra del Espíritu Santo. Sin embargo, mi conciencia no me tiene que atormentar año tras año por pecados ya pasados. Cuando mi conciencia bajo la acción del Espíritu Santo me hace consciente de un pecado concreto, debo reconocerlo como pecado y debo colocarlo conscientemente bajo la sangre de Cristo. Ahora está cubierto y no honra la obra realizada por Jesucristo el que nos sigamos preocupando por ello, en lo que respecta a mi relación con Dios. Más aún, preocuparnos por ello es hacer un desprecio al valor infinito de la muerte del Hijo de Dios. Mi amistad con Dios se *ha* reanudado.

Ahora puede quedar aún un precio que pagar por mis pecados con respecto al Estado; puede existir un perjuicio infligido a individuos a los que tengo que hacer restitución. Debemos hacer frente a estas cosas. Esto lo veremos después. Pero por lo que se refiere a mi amistad con el Padre, dice Dios que queda reanudada sobre la base del valor de la sangre de Jesucristo. Y si su sangre tiene un valor tal como para trasladar a un rebelde y peca-

dor del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios, en la justificación, ¿qué pecado tan negro puede existir que no pueda quedar cubierto por ella?

Cuando digo conscientemente "gracias" a Dios por su *obra perfecta*, mi conciencia debe reposar en paz. En lo que a mí se refiere, a lo largo de los 20 años más o menos en que luché con esto en mi propia vida, más bien represento mi conciencia como un perrazo negro, con sus enormes zarpas, que se abalanza sobre mí amenazadoramente cubriéndome de fango y presto a devorarme. Pero cuando mi conciencia se abalanza sobre mí, después de haber sido limpiado de un pecado concreto sobre la base de la obra realizada por Cristo, entonces debo volverme a mi conciencia y decirle, efectivamente: "¡Fuera! ¡Estáte quieta!" Tengo que creer en Dios y estar tranquilo en la práctica y en la experiencia. Mi amistad con Dios ha sido reanudada sobrenaturalmente. Estoy limpio, dispuesto de nuevo a reemprender la vida espiritual, dispuesto nuevamente a ser utilizado por el Espíritu para la guerra en el mundo visible. No puedo estar presto hasta estar limpio, pero cuando lo estoy, ya estoy a punto. Y, sobre esta base, puedo volver a limpiarme tantas veces como sea necesario.

Este es para muchos cristianos el punto central del problema de la concordancia con la realidad. Todos hemos de batallar con el problema de la concordancia con la realidad. Los hombres llegan a curiosos extremos para tocar la realidad, pero aquí está la clave: "Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis." Así naturalmente la llamada va dirigida a no pecar. "Y si alguno hubiese pecado, abogado tenemos (incluyendo al propio Juan, que se coloca él mismo en esta categoría) para con el Padre a Jesucristo el Justo" (1 Jn. 2:1).

Esta es la clave de la realidad para mí personalmente. Si me adhiero a la sangre de Cristo en la fe, la realidad descansa en esto: no en intentar vivir como si la Biblia enseñara el perfeccionismo. Ahí no se encuentra ninguna base para la realidad; ésa es sólo una base para el subterfugio o para la desesperación. Pero existe aquí una realidad: la realidad de los pecados perdonados; la realidad de la certeza de que cuando un pecado concreto se pone bajo la sangre de nuestro Señor Jesucristo es perdonado. Esta es la realidad de una relación restaurada. La realidad no es sólo cuestión de credos, por más que los credos tengan su importancia. La realidad debe ser reanudada y experi-

mentada sobre la base de una relación reanudada con Dios a través de la obra realizada por el Señor Jesucristo sobre la cruz.

Hemos de decir otra cosa sobre este tema: "Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (1 Co. 11:31-32).

Esto nos enseña que no necesitamos esperar para recibir una corrección antes de que sea reanudada nuestra amistad con Dios. La corrección de Dios no es un castigo. El castigo se acabó en la cruz del Calvario. Es una corrección para devolvernos a la amistad con El mismo, y no necesitamos esperar a recibir una corrección antes de que nuestra amistad pueda ser reanudada. La corrección de un hijo de Dios no reviste el carácter de castigo. Eso acabó en la cruz. No existe un peligro oculto cuando Dios santo es el Juez. Nuestra culpa desapareció de una vez para siempre. Por tanto, si nos juzgamos a nosotros mismos, ya no recibiremos corrección alguna.

Por consiguiente, podemos leer estos dos versículos empezando por detrás, así: Dios no nos va a condenar con el mundo, así que nos dará una corrección. Pero si nos juzgamos a nosotros mismos y llamamos pecado al pecado, y lo ponemos bajo la sangre del Señor Jesucristo, entonces no nos tendrá que dar ninguna corrección. Es esto a lo que Pablo nos apremiaba. Sin comparación posible, lo mejor es no pecar, pero ¿no es maravilloso que cuando pequemos, podamos acudir presurosos al lugar de la renovación?

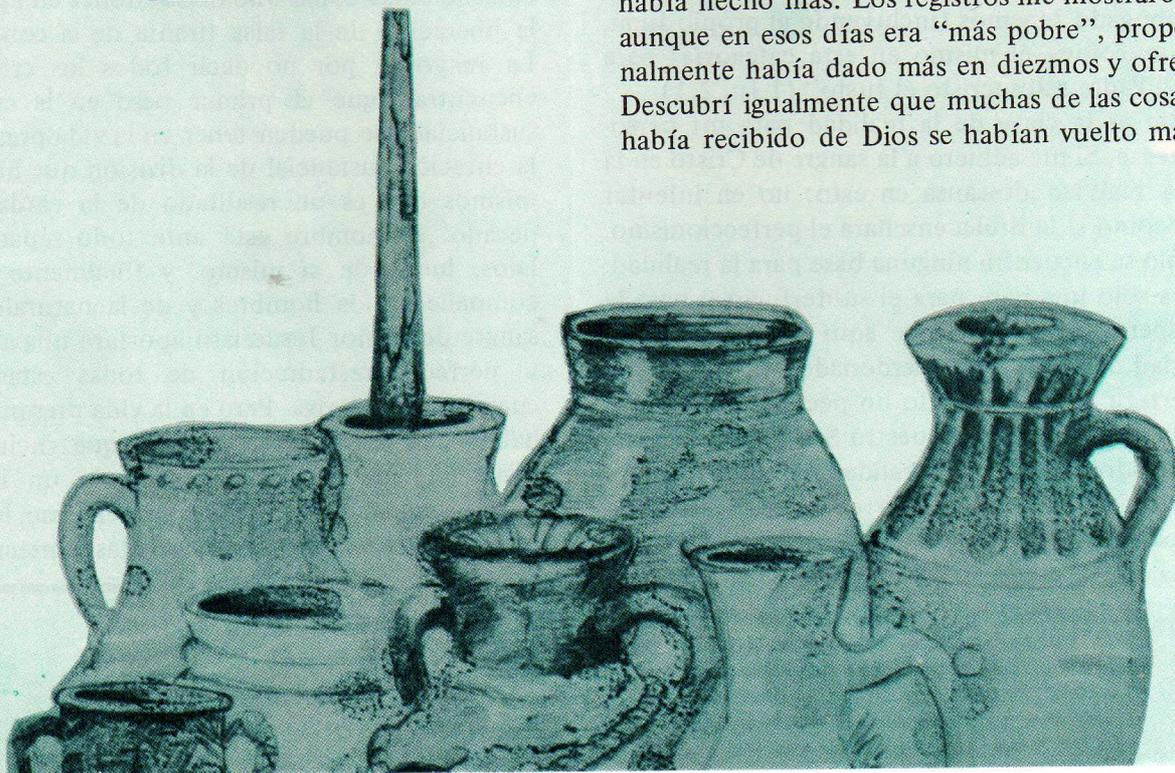
Así pues, lo que Dios nos quiere decir es que consideremos como uno de sus dones en esta vida, la liberación de la falsa tiranía de la conciencia. La mayoría, por no decir todos los cristianos, encuentran que el primer paso en la curación sustancial que pueden tener en la vida presente es la curación sustancial de la división que hay en sí mismos que es un resultado de la caída y del pecado. El hombre está ante todo separado de Dios, luego de sí mismo, y finalmente de sus compañeros los hombres y de la naturaleza. La sangre del Señor Jesucristo aportará una absoluta y perfecta restauración de todas estas cosas cuando Jesús vuelva. Pero en la vida presente debe haber una curación sustancial que incluye las consecuencias de la separación de un hombre consigo mismo. Este es el primer paso hacia la liberación en la vida presente de las consecuencias de las ataduras del pecado.

La economía trascendental

Por Joseph Garlington

de DIOS

No hace mucho, el Señor comenzó a tratar conmigo con respecto a mi actitud hacia las posesiones y las cosas materiales. Cuando examiné honestamente mi condición económica y lo que estaba dando de contribución, me di cuenta que en el pasado había tenido menos pero había hecho más. Los registros me mostraron que aunque en esos días era "más pobre", proporcionalmente había dado más en diezmos y ofrendas. Descubrí igualmente que muchas de las cosas que había recibido de Dios se habían vuelto más im-



portantes de lo que se merecían. Habían dejado de ser dádivas de Dios y se habían convertido en *mis posesiones* y eso no era saludable.

Tomé la decisión de deshacerme de las "cosas" que yo sentía se habían convertido en un estorbo para mí. Desde que decidí responder a lo que Dios parecía estarme diciendo, he visto un cambio marcado, definitivo y positivo en mi situación económica.

Es irónico, pero cuando estaba en el proceso de librarme de algunas de las cosas que poseía para regresar a una actitud más sencilla en los asuntos de dinero, como la que tenía antes, oí una conferencia de Don Basham sobre el drástico estado de la economía de nuestra nación. Eso me puso en un dilema, porque parecía que lo que él decía era completamente opuesto a lo que yo estaba entendiendo. A pesar del cuadro desolado e incierto que él pintaba, la palabra que estaba recibiendo con tanta fuerza decía que era tiempo de "sembrar" económicamente y no de ahorrar; que era un tiempo de dar en vez de invertir en uno mismo o de guardar.

Me fue difícil poner dentro del contexto adecuado lo que Dios decía por medio de Don Basham y lo que sentía que Dios me estaba diciendo a mí. Sin embargo, he llegado a comprender que los dos acercamientos, aunque parecen opuestos entre sí, son la palabra de Dios para su pueblo. Se complementan en vez de contradecirse.

Es bien cierto lo que Don Basham describía tan gráficamente. Estamos ante la inflación, la recesión y hasta es posible que la depresión. Toda la estructura económica de la nación está en peligro de derrumbarse tarde o temprano. Dios quiere que nos demos cuenta con toda claridad cuan desolado es el panorama natural de la economía, pero no para que caigamos en la desesperación, sino para que depositemos nuestra confianza en él. Podemos elegir. Podemos enfocar el problema, o bien la solución que descansa en la naturaleza del reino de Dios.

El reino trascendental

El reino de Dios es trascendental. Sus fronteras, su gobierno y su cultura trascienden a las de todos los reinos de la tierra. Su economía es también trascendental, y los principios y recursos son sobrenaturales y trascienden todas las estructuras naturales del sistema económico mundial. Nosotros tenemos que escoger con cuál economía vamos a operar, a cuál vamos a ver como nuestra

fuelle: el sistema del mundo o el reino trascendental de Dios.

Depositar nuestra confianza en la economía natural es claramente inútil. Jesús dice en Lucas 16:9: "Haced amigos por medio de las riquezas de injusticia, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas." El texto dice, *cuando falten* no "si llegaran a faltar". No hay duda que faltarán; sólo es cosa de tiempo.

Si vemos las cosas desde la perspectiva de Dios, sin embargo, nos daremos cuenta de que no hay límite para sus recursos. Los científicos hacen intentos para estimar la totalidad de los recursos que tenemos disponibles para predecir lo que está en el futuro: los geólogos dicen que hay una cantidad limitada de petróleo; los agrónomos dicen que una hectárea de tierra sólo puede producir cierta cantidad de trigo; los economistas dicen que sólo puede circular una cantidad determinada de dinero. Todos estos cálculos se hacen de acuerdo a los recursos limitados de la economía *mundana*.

No obstante, la economía trascendental es diferente; Dios no está atado a recursos limitados. La historia de Elías y la viuda es un buen ejemplo (1 R. 17:8-16). La viuda le dijo: "Solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija." Elías le contestó: "Hazme a mí primero..." y cuando ella obedeció, entró en la economía trascendental. Ese poquito de harina y de aceite no disminuyó durante todo el tiempo de escasez. Los recursos de Dios no fueron limitados.

La historia de Eliseo y de otra viuda (2 R. 4:1-7) es otro ejemplo. Ella le pidió que la sacara de deudas. Cuando él le preguntó lo que tenía, ella respondió: "Ninguna cosa... sino una vasija de aceite." El le dio instrucciones para que consiguiera tantas vasijas como pudiera y las llenara con el aceite que tenía. Cuando ella obedeció, el aceite se multiplicó hasta llenarlas todas, y no paró hasta que hubo llenado todas las vasijas que había pedido prestadas.

Fe y productividad

Es importante señalar en la historia de Eliseo que la productividad de la mujer estaba en proporción directa con su fe y persistencia en obtener las vasijas. El número de vasijas que obtuviera por fe, determinaría su capacidad productiva.

Lo que los economistas no toman en consideración y que *nosotros* debemos hacer es reconocer el poder creador de Dios para "multiplicar el acei-

te.” Debemos de tener fe en la capacidad de Dios de crear recursos nuevos. He visto por ejemplo, que cada vez que damos nuestro diezmo por fe, entramos en esa economía trascendental. Estamos afirmando que podemos hacer más con el 90 por ciento que queda después del diezmo, que con el 100 por ciento si no lo diéramos. Cuando le damos a Dios el 10 por ciento, descubrimos que hemos invertido en la economía trascendental y Dios multiplica el 90 por ciento.

Cuando le damos a Dios el 10 por ciento, descubrimos que hemos invertido en la economía trascendental y Dios multiplica el 90 por ciento.

Hemos enseñado el principio de diezmar, pero muy a menudo nos desanimamos y nuestra fe flaquea según las fluctuaciones de la bolsa de valores, las tasas de interés y la economía en general, como si fuesen ellas las que determinaran nuestro futuro económico. Nuestra ansiedad sobre la economía natural es a veces igual que la de aquellos que ni siquiera saben que hay una economía trascendental.

Dios está dispuesto a multiplicar hoy nuestros recursos como lo hizo en el tiempo de Elías. Un amigo mío me contó la historia de una viuda que había sido timada por un contratista cobrando más de la cuenta por un trabajo que le había hecho. Cuando vino a demandar su paga, el dinero que la viuda tenía para pagar, lo que primeramente le había cobrado el contratista, ya no era suficiente. En medio de este dilema, Dios le dijo que contara el dinero que tenía. La primera vez que lo hizo no hubo suficiente y el Señor le dijo: “Cuéntalo de nuevo.” Ella obedeció y descubrió que tenía más de lo que había contado al principio, pero no lo suficiente para pagarle al hombre. Dios le dijo, entonces: “Vuélvelo a contar.” Y así lo hizo ella y cada vez que contaba, el dinero se multiplicaba hasta que tuvo lo suficiente para pagar.

Otro amigo me contó de otra viuda en Escandinavia que sólo tenía una tonelada y media de carbón para calentar su casa, que no era suficiente para pasar el invierno que en esa parte del mundo es crudísimo. Pero Dios le dijo: “Quiero que sólo tú te ocupes del carbón para tu casa durante el resto del invierno.” Ella obedeció. Todos los días, por la mañana y por la noche, bajaba al sótano a llenar su balde y la misma tonelada y media de carbón le duró todo el invierno. Ella nunca vio que el carbón se multiplicara, pero no se le acabó durante todo el invierno.

Aunque muchos de nosotros no hayamos sido testigos de milagros tan obvios, todos hemos experimentado en alguna forma los recursos ilimitados de la economía trascendental. Si cada uno de nosotros examina su historia personal, descubrirá que Dios aumentó, de alguna manera milagrosa, lo que teníamos.

Nuestra participación en el milagro

Encontramos un principio común en todas estas historias de multiplicación milagrosa: Dios esperaba que cada persona se involucrara directamente en el proceso de la provisión. La viuda tuvo que cocerle una torta a Elías; otra tuvo que buscar las vasijas. La mujer en Escandinavia tuvo que ocuparse ella misma del carbón; la mujer en la historia del contratista tuvo que contar su dinero. Cada una participó activamente en el milagro.

Dios nos está diciendo que debemos involucrarnos en el proceso milagroso que esperamos ver y eso incluye la inversión de nuestro dinero para el uso de Dios. El apóstol Pablo, conociendo el valor pasajero de la riqueza, dice cómo emplearla para algo duradero:

A los que son ricos en este mundo de ahora, enséñales que no sean altaneros, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos. Enséñales que hagan bien, que sea ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida (1 Ti. 6:17-19. Énfasis del articulista).

Pablo dice que aunque las riquezas mismas pasen inevitablemente, estas pueden ser usadas para un propósito eterno. Si compartimos nuestra ri-

queza, tenemos el potencial de usar el dinero para acumular tesoro celestial y un fundamento firme.

Si compartimos nuestra riqueza, tenemos el potencial de usar el dinero para acumular tesoro celestial y un fundamento firme.

Dios realmente nos da la oportunidad de usar el dinero para propósitos eternos. ¿Qué mejor uso podríamos darle a nuestra riqueza?

Sembrar para cosechar

Cuando el Señor habla en las Escrituras de dar dinero, casi siempre lo liga a la analogía de sembrar para cosechar y, es lo que creo, quiere que eso hagamos en estos tiempos inseguros. En 2 Corintios 9: 6-11 Pablo escribe:

El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará. Que cada uno dé como propuso en su corazón, no de mala gana, ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que toda gracia abunde para vosotros, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todo, tengáis abundancia para toda buena obra...

Y el que suministra semilla al sembrador y pan para el alimento, suplirá y multiplicará vuestra semilla para sembrar, y aumentará la siega de vuestra justicia; seréis enriquecidos en todo *para toda liberalidad*, la cual por medio de nosotros produce acción de gracias a Dios.

Dios da semilla al *sembrador*; no al acumulador, coleccionador y admirador de la semilla. Dios da

semilla a los que la usan. El nos bendice con semilla y espera a ver si la sembramos o la acumulamos. Si la amontonamos, él dejará de darla, porque Dios opera a través de canales y no de esponjas.

Jesús enseñó este principio también cuando dijo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo" [un grano de trigo.] "Pero si muere, produce mucho fruto." Según la Enciclopedia Británica, se hizo un experimento notable en Inglaterra para ver cuánto trigo se podía obtener en un corto tiempo de un solo grano de trigo. Se plantó una semilla y cuando produjo tomaron todos los granos y los volvieron a sembrar. Esta cosecha se volvió a tomar y a sembrar de nuevo y al fin de dos años se cosechó el asombroso número de 32.500 granos de trigo; de un solo grano y en sólo dos años. Dios usa este proceso de sembrar para que haya abundancia aún en tiempos de dificultad económica.

Sembrar en tiempos de hambre

En Génesis 26 leemos la siguiente historia de Isaac:

Después hubo hambre en la tierra, además de la primera hambre que hubo en los días de Abraham; y se fue Isaac a Abimelec rey de los filisteos, en Gerar. Y se le apareció Jehová, y le dijo: No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré...

Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo Jehová (26:1-3; 12).

Aunque Isaac sembró en tiempos de hambre, cosechó ciento por uno porque el Señor lo bendijo. Dios quiere que lo mismo suceda con nosotros, para que el contraste entre nuestra dependencia de él y la dependencia del mundo, en cuanto a los recursos naturales, sea evidente a todos.

Bien es cierto que nuestra nación cruza por una situación económica desesperada; económicamente son "tiempos de hambre." Pero Dios quiere recordarnos que no estamos amarrados al sube y baja de la bolsa de valores, de la tasa de inflación o cualquier otro factor medible de nuestra economía. Estamos ligados a la economía trascendental de Dios.

Si entendemos la importancia de sembrar, examinaremos la manera en que estamos dando. De-

bemos sembrar nuestros recursos materiales más allá de nosotros mismos, en necesidades de las que no vamos a recibir algo en pago. Eclesiastés 11 habla de esta clase de siembra:

Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás. Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra. . .

El que al viento observa, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará (11:1-2;4).

Yo diría que el lugar más inseguro para sembrar, el más incierto para producir serían las aguas. Pero la Biblia dice que lo hagamos y hasta nos advierte a no esperar las condiciones ideales. Si queremos sembrar nuestros recursos debemos estar dispuestos a soltarlos aún en tiempos y circunstancias inciertos. Sembrar en tiempos de hambre es confiar en los recursos certeros y sin límites de la economía trascendental.

Sólo hemos aprovechado una pequeña cantidad de los recursos trascendentales porque desconocemos la capacidad ilimitada que Dios tiene para proveer por nosotros. Muchas veces le hemos dicho a las personas que no se aventuren mucho en su dar porque no queremos que se hagan daño económica-

mente. Al hacerlo, les hemos impedido recibir la bendición que inevitablemente sigue al dar.

Nos hemos concentrado en la justicia y la integridad personal y nos hemos preocupado por suplir las necesidades de la iglesia. Pero también hemos consumido demasiado en nosotros mismos y nos hemos comido las semillas que debimos haber sembrado. Charles Simpson dice que "si consumimos toda la semilla, no habrá qué sembrar."

Si queremos prosperar en los años difíciles que tenemos por delante, tendremos que sembrar: "Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza" (Pr. 11:24). El miedo a la escasez económica nos hace conservar y proteger nuestros recursos. Cuando la única manera de protegerlos es sembrándolos. Dios quiere que demos a él nuestros recursos para multiplicarlos y devolvémoslos ilimitadamente.

Tabernáculo o ídolo

Cuando Israel salió de Egipto, se trajo los despojos de esa tierra y Dios les dio todo lo que necesitaban. Parte de esa riqueza fue la que usaron para edificar el tabernáculo que los acompañó en el desierto. Pero también usaron el oro para hacerse un becerro. Nosotros también podemos elegir qué construir con nuestro dinero: un tabernáculo o un ídolo. Si hacemos toda nuestra inversión únicamente en el tiempo presente, la perderemos tarde o temprano porque las riquezas materiales no son duraderas.

Tenemos la oportunidad de establecer un fundamento que es eterno. Todo depende dónde sembremos. Dios quiere que sembremos en su economía trascendental y que disfrutemos de ella. Levantemos nuestra vista más allá de las circunstancias del presente y pongámosla en su propósito eterno y en su reino incommovible.

Tomado de New Wine Julio 1982

Sólo hemos aprovechado una pequeña cantidad de los recursos trascendentales porque desconocemos la capacidad sin límites que Dios tiene para proveer por nosotros.

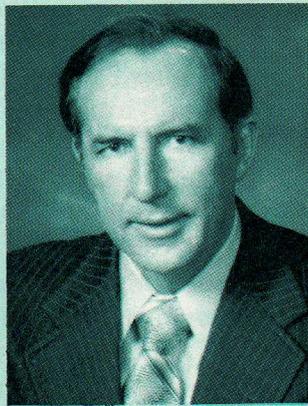


Joseph Garlington es graduado de la Universidad de Howard y del Seminario Bíblico Washington en Washington, D.C., E.U.A. Ha pastoreado congregaciones en Washington y en Pittsburg, Penn. y, recientemente, en Mobile, Alabama, donde reside con su esposa Barbara y sus tres hijos. Joseph es vocalista reconocido y un conferenciante internacional.

La confianza

por Derek Prince

Derek Prince es graduado en Griego y Latín de las universidades británicas de Eton y King's College, Cambridge. Ha servido como ministro, educador y misionero en Europa, Asia, Africa, Australia y Norteamérica. Derek y su esposa Ruth pasan gran parte del año viviendo y ministrando en Israel.



¿Qué cree usted que pasaría si pudiera vencer a la gente que la economía de su país está por derrumbarse e hiciera que todos hablaran de ello? ¡La economía se vendría abajo! La sencilla razón es que nuestra economía tiene un fundamento esencial: la confianza. Lo mismo es cierto en todo sistema semejante, sea económico, político o espiritual: el desastre es seguro cuando se pierde la confianza.

En este artículo voy a examinar tres temas relacionados con la confianza: confianza hacia Dios, confianza hacia nuestros hermanos creyentes y la advertencia contra perder nuestra confianza.

Confianza en Dios

Examinemos la confianza hacia Dios con varios ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamentos. Si se acerca a estas escrituras con fe, su corazón se llenará de confianza divina. Hay una nota tremenda de confianza y de victoria que suena en los versículos iniciales del Salmo 17:

Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?

Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron.

Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado (1-3).

El secreto de la victoria de David a través de su vida estaba en su tremenda confianza en Dios. No importaba qué sucedía, si venían sus enemigos para devorarlo, o se levantaban ejércitos para hacerle la guerra, él tenía una confianza absoluta en el Señor.

En Proverbios 3:23-26 encontramos otro hermoso cuadro de confianza:

Entonces andarás por tu camino confiadamente, y tu pie no tropezará.

Cuando te acuestes, no tendrás temor, sino que te acostarás, y tu sueño será grato.

No tendrás temor de pavor repentino, ni de la ruina de los impíos cuando viniere.

Porque Jehová será tu confianza, y él preservará tu pie de quedar preso.

La Biblia enseña en forma consistente que el pueblo de Dios no necesita temer. Por eso es que tengo mis reservas cuando oiga enseñanzas y profecías que imparten temor al pueblo de Dios. Dios dice: "No te inquietes cuando venga la ruina de los impíos," porque si no eres impío no vendrá contra ti. El versículo 26 dice con precisión dónde está la confianza: "Jehová será tu confianza." El guardará tu pie del lazo del enemigo. El Señor nunca cambia. El siempre tiene el control de las

cosas. El nunca se confunde, ni nunca tiene situaciones inesperadas o de emergencia. El Señor siempre tiene la respuesta.

El Señor siempre tiene la respuesta.

Proverbios 14:26 dice: "En el temor de Jehová está la fuerte confianza; y esperanza tendrán sus hijos." No hay necesidad de preocuparse si nuestra actitud es correcta hacia Dios. El es nuestro refugio y protección.

La última cita del Antiguo Testamento que mencionaré es Isaías 30:15-16:

Porque así dijo Jehová el Señor, el Santo de Israel: En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Y no quisisteis, sino que dijisteis: No, antes huiremos en caballos; por tanto, vosotros huiréis. Sobre corceles veloces cabalgaremos; por tanto, serán veloces vuestros perseguidores.

Dios llama a su pueblo para que regrese, encuentre descanso y ejercite confianza en él. Los que rechacen el llamado de Dios al reposo, la quietud y la confianza, se encontrarán pronto agobiados por sus problemas y sin poder escapar. Esto es evidente en la historia de Israel. Cuando el pueblo de Dios era obediente, derrotaba a sus enemigos y vivía en paz; cuando dependieron de su propia fuerza, fueron derrotados y finalmente esparcidos entre las naciones.

La palabra griega traducida en el Nuevo Testamento como "confianza" tiene un significado muy fuerte. Se relaciona específicamente con la confianza para hablar. En el griego secular denotaba "libertad de palabra", o el derecho de decir abiertamente y sin impedimento lo que se piensa; casi el equivalente a la libertad de expresión que garantizan las constituciones de los países libres. Es una palabra fuerte que implica que no tiene que callar lo que cree; lo puede decir. Tiene un derecho absoluto de decirlo y nadie lo puede silenciar. Es

una palabra que expresa una libertad en los "derechos humanos."

La primera cita del Nuevo Testamento que examinaremos tiene que ver con la confianza hacia Dios que debemos tener en la oración:

Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos delante de Dios; y todo lo que pedimos lo recibimos de El, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de El. (1 Jn. 3:21-22).

Una de las condiciones básicas para recibir respuesta a la oración es la confianza. Cuando haga oración no venga a Dios con vacilaciones o disculpas. Hágalo con plena confianza. Juan dice: "Si nuestro corazón nos condena, nuestra vida de oración está en dificultades."

En el capítulo 5 de esta epístola, Juan se refiere de nuevo a la confianza en la oración.

Y esta es la confianza que tenemos delante de El, que si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, El nos oye.

Y si sabemos que El nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho (14-15).

Note que se repite el requisito básico para recibir respuesta a la oración: la confianza. No deje que el diablo le robe su confianza.

Una de las condiciones básicas para recibir respuesta a la oración es la confianza.

Ejerza sus derechos en la oración y la libertad de pedir porque Jesús los compró para usted. Está escrito en su constitución.

Otro de los ataques del enemigo contra los cris-

tianos es la condenación. Charles Simpson estaba ministrando en cierto país y predicó un mensaje contra la condenación; cuando hizo la invitación para que los que tuvieran ese problema pasaran adelante para orar por ellos, más de 600 personas respondieron. Ese país había sido tan “evangelizado” que la gente había entrado bajo la condenación de los misioneros, y ahora Dios los estaba liberando de su pesada carga.

Romaños 8 nos muestra una vida de libertad, sin estorbos y sin la sombra de la condenación. Este requisito esencial se declara en el primer versículo del capítulo: “Por consiguiente, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, (los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu).” La condenación es la gran barrera que se interpone entre nosotros y la libertad, la alegría y el poder del Espíritu Santo. Sin embargo, una actitud correcta de confianza nos capacitará para vencer este obstáculo.

Confianza en otros creyentes

El segundo aspecto que discutiremos es la confianza en otros creyentes. Probablemente todos confesaremos que es más difícil que tener confianza en Dios.

Es interesante notar que las palabras que se usan en el griego para señalar confianza en Dios o en los hombres son diferentes. Por razones obvias, Dios no espera que tengamos la misma confianza en los creyentes hermanos que en él. La expresión “contar con” se ajusta mejor al significado del original griego para describir la actitud que debemos tener hacia otros cristianos.

Pablo tenía que tratar con el mismo tipo de personas que tenemos hoy. El tuvo que enfrentarse con mucha gente difícil. Los corintios se emborrachaban en la mesa del Señor; abusaban de los dones del Espíritu; un hombre vivía con la esposa de su padre; no sabían manejar su dinero. Verdaderamente, tenían muchos problemas.

Sin embargo, note lo que Pablo describe en 2 Corintios después de reprenderlos en su carta anterior. “Y esto es precisamente lo que os escribí, para no tener, al llegar, tristeza de parte de los que deberían alegrarme, confiando en todos vosotros, que mi gozo sería el mismo de todos vosotros” (2:3). Esta declaración es sorprendente si se consideran los problemas que tenía esta gente. Pablo dice que confía en ellos. Para mí eso indica que Pablo era un gigante de la fe.

La capacidad de tener confianza en la gente es una marca de madurez espiritual. También creo que cuando pongo mi confianza en las personas, eso hace algo en ellos. Cuando un padre confía en su hijo, lo edifica; si duda de él y lo critica, lo rebaja y le imparte inseguridad.

Los padres que siempre critican y nunca alaban a sus hijos podrán pensar que son muy listos. Pero señalar las faltas de los demás no es una prueba de que somos listos, porque estas son generalmente muy obvias. Tener confianza en la gente es mucho más difícil que dudar de ella o criticarla; se requiere el poder del Espíritu Santo.

Tener confianza en la gente es mucho más difícil que dudar de ella o criticarla.

Examinemos otros pasajes que hablan de confiar en nuestros hermanos creyentes.

Tengo confianza en vosotros en el Señor de que no optaréis por otro punto de vista; pero el que os perturba llevará su castigo, quienquiera que sea (Gá. 5:10).

Estoy seguro precisamente de esto: que el que comenzó en vosotros una buena obra, la perfeccionará para el día de Cristo Jesús (Fil. 1:16).

¿Puede usted creer eso de todos en su iglesia? ¿Cree realmente que el Señor terminará lo que comenzó en cada una de sus vidas? Si lo cree, entonces se sentirá diferente con respecto a las personas de su grupo. Todavía estará conciente de sus problemas, pero las verá en una luz distinta.

Estoy convencido que el Señor nunca ha empezado algo que no haya podido terminar. Lo aplico en mi propio caso. Cuando el Señor me recibió,

asumió muchos problemas. Sin embargo, lo hizo confiando que los podía resolver. Cuando estaba recién convertido, habiendo sido profesor universitario, erudito, filósofo, etc., pensaba que el Señor había sido muy afortunado en conseguirme. Però muy pronto me di cuenta que no era así; que al aceptarme, el Señor había adquirido muchos problemas que requerían de su infinita paciencia y sabiduría. Doy gracias a Dios que ahora comparto su confianza pues él terminará lo que ha comenzado; aún en mí!

Pablo hace otra sorprendente afirmación en 2 Tesalonicenses 3:3-4. "Pero fiel es el Señor quien os fortalecerá y protegerá del malo, y tenemos confianza en el Señor respecto de vosotros, de que estáis haciendo, y continuaréis haciendo, lo que ordenamos." ¿Cuántos pastores se atreverían a decir eso de sus ovejas? Si usted creyese eso de su congregación, ¿sabe lo que haría por ellos? Los motivaría y los fortalecería en el Señor. Pero si todo lo que ve son sus problemas, pronto se desalentarán y sentirán condenación.

La confianza libera a las personas. Jim Moore dijo en cierta ocasión: "Cuando un hombre tiene un altercado con su esposa, el arma más poderosa que puede usar es hacerla entrar bajo condenación." Pero cuando lo hace se echa encima un problema que tendrá que resolver después. Cuando la estimula con su confianza, ella se levanta a un lugar de paz y seguridad.

Advertencias

Para concluir veamos algunas advertencias contra la pérdida de nuestra confianza. Todas están en el libro de Hebreos, porque su mayor problema era que habían regresado al religiosismo, los rituales y las reglas, y en todo esto no hay suficiente fundamento para la confianza.

Hay cinco advertencias en esta epístola; todas dirigidas a los creyentes. Examinaremos tres de ellas, que están entre las más fuertes del Nuevo Testamento. En esencia el escritor está diciendo: "No pierdan su confianza; no se hagan tan religiosos que no puedan disfrutar del Señor; no se pongan tan serios que su religión les quite su alegría." Porque se puede estar tan preocupado en hacer lo que se debe que se pierda el gozo de hacerlo.

La espontaneidad es uno de los valores más grandes de la vida espiritual. No podemos darnos el lujo de perderla. Cuando examino mi vida descubro que la mayoría de mis grandes decisiones llegaron por accidente. Eso no me hace aparentar

mucha espiritualidad, pero es cierto. Por ejemplo, mi llegada a los Estados Unidos en 1963, que ha sido uno de los puntos más significativos de mi vida, sucedió por accidente.

Todo lo que hagamos en cuanto a planes y arreglos no es suficiente; no cumplirá la tarea. Los planes que se hacen estrictamente a un nivel de habilidad humana produce Ismaeles. Ismael era lo mejor que Abraham podía alcanzar sin la gracia y el poder sobrenaturales de Dios, y no era lo suficientemente bueno.

Una de las pruebas a que someto las cosas para saber si son de Dios, es ver si nacieron sobrenaturalmente. Si fueron sólo el resultado de mis planes y arreglos, cuestiono si provinieron de Dios. Creo que tenemos que ser prácticos y desarrollar las cosas, pero su origen tiene que ser sobrenatural. Esa es la diferencia entre Ismael e Isaac. Uno fue originado naturalmente y el otro sobrenaturalmente. Isaac estaba muy por encima de la capacidad y pensamiento de Abraham, como el cielo está sobre la tierra.

El reino que él gobierna es incommovible y el fundamento sobre el que edificamos no puede ser sacudido.

El Señor dice en Isaías 55:8-9: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos." Nosotros planeamos a un nivel terrenal; Dios inicia en su nivel celestial. Eso no significa que no se desarrollará en la tierra, pero tenemos que asegurarnos que se origina en el ambiente celestial.

Las cosas que son resultado de planes humanos

no sobrevivirán a las presiones a que seremos sometidos. Mi matrimonio con mi primera esposa, Lydia, fue iniciado sobrenaturalmente. Dios me mostró con quién debía casarme. Después pasamos por presiones a las que no hubiésemos podido sobrevivir si nuestro matrimonio hubiese sido el resultado de los planes humanos. Lo mismo sucedió con mi actual esposa, Ruth. Después que Lydia murió, Dios nos reveló a cada uno su voluntad en una forma sobrenatural y por separado.

El matrimonio en sí fue iniciado sobrenaturalmente. No comenzó en un nivel humano. Dios fue quien lo ideó; no el hombre. Por eso es un sacramento tan solemne.

Hay tres pasajes específicos en Hebreos que contienen ciertas condiciones basadas en la confianza. El primero está en el capítulo 3 y el versículo 6:

Pero Cristo fue fiel como Hijo sobre la casa de Dios, cuya casa somos nosotros si retenemos firme hasta el fin nuestra confianza y la gloria de nuestra esperanza.

Ya hemos dicho que la "confianza" se expresa con la "libertad de palabra." Dios quiere también que nos gloriemos en él. Esa es la condición de la verdadera Iglesia: que mantengamos firme nuestra confianza y que nos gloriemos en Dios hasta el final.

Segundo, Hebreos 3:14:

Porque hemos llegado a ser partícipes de Cristo, si retenemos el principio de nuestra seguridad (confianza) firme hasta el fin.

Esto demuestra que nuestra salvación está condicionada en no perder nuestra confianza. En la terminología teológica tradicional esto se conoce como "la perseverancia de los santos." Los que no perseveran no califican como santos.

Finalmente, en Hebreos 10:35-36 encontramos una referencia del mundo militar.

Por tanto, no desechéis vuestra confianza, que tiene grande recompensa.

Porque tenéis necesidad de paciencia, para que cuando hayáis hecho la voluntad de Dios, podáis recibir la promesa.

Una de las piezas principales en la armadura de un soldado era su escudo. En la literatura griega,

una de las desgracias más grandes que le podía ocurrir a un soldado era tirar su escudo y salir huyendo del campo de batalla. Cuando el escritor dice "no desechéis", creo que está pensando en la desgracia de desecher el escudo. Podíamos decirlo de esta manera: "No desechéis vuestra confianza que es vuestro escudo, porque hay una gran recompensa que espera." Debemos sostener con firmeza nuestro escudo y resolver no soltarlo a cualquier costo.

Vemos en el futuro, retos y temores. La paz está siendo amenazada en todas partes del mundo y el caos y la inseguridad son la orden del día. Pero más allá de esto, nosotros los cristianos tenemos a un Rey que tiene un plan y una respuesta para nuestra situación en particular. Es él quien ha di-

Nosotros los cristianos tenemos a un Rey que tiene un plan y una respuesta para nuestra situación en particular.

cho que será nuestro refugio en tiempos de tempestad. El reino que él gobierna es inmovible y el fundamento sobre el que edificamos no puede ser sacudido. Por lo tanto, podemos apropiarnos de cada una de las promesas que tenemos en Proverbios 3:23-26 si hacemos del Señor nuestra confianza:

Andaré en mi camino confiadamente.

No tendré temor cuando me acueste.

No tendré temor de pavor repentino, ni de la ruina de los impíos.

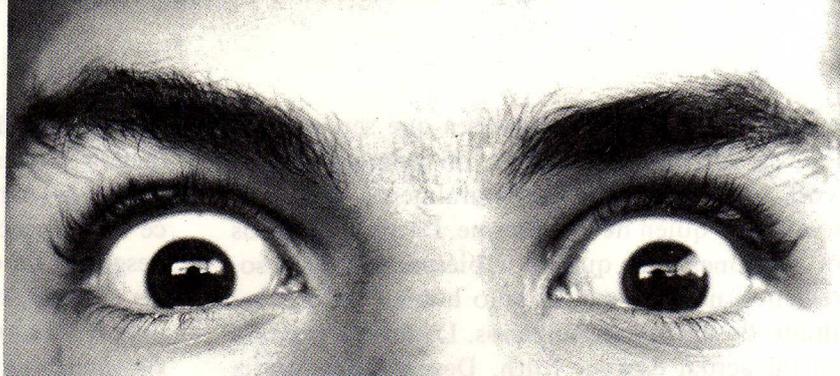
Porque Jehová es mi confianza.

Tomado de New Wine de Abril, 1980

Cómo guardar la confianza
frente a un temor repentino

Miedo al miedo

Por Edith Schaeffer



El golpe rítmico y suave de las olas; voces lejanas de padres llamando a sus hijos; risas de niños interrumpidas por salpicones de agua lanzada en sus rostros; la brisa silenciosa, demasiado suave para causar un susurro siquiera en las hojas; el quieto sol tostado calladamente las caras vueltas a él; un bote de velas deslizándose hacia la playa sin un solo murmullo. Seres humanos de todas las edades, separados de sus trabajos y de sus preocupaciones cotidianas, disfrutando de sus vacaciones de verano. Sea en Italia o en los Grandes Lagos, la costa Atlántica o Pacífica, o en alguna de las islas de los mares, hay un intento por un breve período de tiempo de relajarse, de aflojar, de poner a un lado las preocupaciones, de hacer a un lado el “miedo al miedo” y de respirar profunda y fácilmente en un lugar separado del mundo aunque sea por un tiempo patéticamente corto.

De repente, el azul del cielo y el verde del mar son atravesados por dos figuras oscuras acompañadas por un silbo penetrante, cuando bombarderos de chorro y sus sombras se lanzan de picada, casi tocando las aguas para remontarse nuevamente como un relámpago y desaparecer sobre las montañas. Un viraje rápido y se repite la práctica. Después, el silencio roto vuelve a su normalidad. Las cabezas que se habían levantado para verlos con sorpresa están de nuevo contemplando los castillos de arena, leyendo sus libros, ocupándose de la loción bronceadora, o consultando sus relojes para ver si ya es tiempo de almorzar. ¿Miedo? No. Donde hay confianza no hay temor. La confianza de cada una de las personas que están en esta playa (y muchas otras en este momento de la historia) es que *todavía* no hay guerra en esta parte del mundo que pudiera deletrear otra cosa que “práctica” con la pasada de estos bombarderos. La confianza es que se está protegido y seguro, y que el peligro está muy, muy lejos. ¿La confianza anula al miedo! Nadie en esta arena siente hoy temor de esos bombarderos. ¿Por qué? Hay confian-

za de una clase o de otra de que no hay nada que temer - no hoy.

Pero hay quienes han colocado mal su confianza. Los jóvenes que estudiaban inocentemente, como parte de su trabajo universitario, en Africa, no tenían miedo de ser secuestrados. Estaban confiados y se sentían seguros porque era un centro de estudios de cierta reputación. Su confianza fue despedazada repentinamente cuando lo que *no* habían temido vino sobre ellos. La confianza en sí misma como cualidad no elimina la realidad de una calamidad. Hay ataques inesperados, tiradores escondidos, asesinos, secuestradores, accidentes, enfermedades, operaciones, descomposiciones, fuegos, robos, guerras, inundaciones, depresiones, pérdidas, terremotos, muerte. Telegramas, llamadas telefónicas, cartas y mensajes que en ocasiones *sí* traen malas noticias. Tener *confianza* que “ninguna dificultad vendrá a mi casa,” que “nada malo me pasará a mí ni a los míos,” que “todo va a salir bien; no te preocupes,” es muchas veces como silbar en la obscuridad. La pregunta es: “¿En quién está depositada mi confianza?” ¿Estoy siendo optimista sin ningún fundamento o base para mi confianza; libre de miedo constante, que carcome y molesta, como una criatura ignorante y sin inteligencia? O ¿es que hay alguna diferencia entre confianza y *confianza*?

Vayamos a Proverbios por un instante. “No tendrás temor de pavor repentino, ni de la ruina de los impíos cuando viniere, porque Jehová será tu confianza, y él preservará tu pie de quedar preso” (3:25,26). “No tendrás temor de pavor repentino, hijo mío.” Me parece que esta es una promesa en un mandamiento y que el Señor está hablando a cada uno de sus hijos; en la oscuridad de la noche, durante una caminata cuando el viento se queja entre los árboles, mientras esperamos en la sala de algún hospital, en los largos momentos antes que el médico dé su dictamen, hasta en medio de una sinfonía o en las olas del mar. En medio de la quietud y la belleza o del golpe y la confusión, el miedo al miedo puede venir como algo que nos morderá por dentro, o como un golpe externo sal-

vaje y cauterizante. Puede ser algo permanente en la forma de un temor secreto.

Nuestro Padre celestial nos conoce muy bien. El sabe que nuestras energías, tiempo, emociones, pensamientos concientes y posibilidades creativas pueden ser restadas, desperdiciadas y hasta destruidas si tenemos "temor del pavor repentino." ¿No conocemos la tremenda comprensión de Dios al mostrarnos nuestro miedo de los temores desconocidos que flotan como cosas nebulosas e irreconocibles, pero que nos carcomen por dentro y estorban lo que podemos ser ahora por lo que tememos en el futuro? La orden es cortante: "¿No lo tengas!" No debemos desperdiciar nuestro tiempo por el temor de algo aunque venga repentinamente y sea real cuando venga.

¿Por qué no? ¿Porque el Señor será nuestra confianza. El Creador de la tierra, el que habla y cambia la historia; este que es nuestro Padre en la realidad del nuevo nacimiento que Jesús explicó a Nicodemo, *él es ahora nuestra confianza*. No en un futuro distante cuando el temor ya no sea una realidad, sino ahora, antes que Satanás sea derrotado, antes de la resurrección de los muertos, antes que Jesús derrote al último enemigo. El debe ser nuestra confianza. Nuestra confianza primordial en su poder es la certeza que aunque maten al cuerpo, nadie puede quitarnos la vida eterna y la seguridad de nuestros cuerpos nuevos. Los misioneros que fueron martirizados, junto con los demás mártires, no tuvieron una confianza mal colocada y recibirán sus coronas y sus cuerpos nuevos y ahora mismo están en la presencia del Señor aunque ausentes de sus cuerpos. Están siendo asegurados diez mil veces que su confianza fue puesta en el lugar correcto.

Nuestra confianza debe estar también en el poder del Dios vivo para actuar en la historia ahora mismo y mantenernos seguros y completar su plan para nuestras vidas. Este mismo capítulo de Proverbios habla de andar en el camino confiadamente y sin tropezar; de acostarnos sin temor y de tener un sueño grato (3:23,24). Todo esto calza con que el Señor sea nuestra confianza y con la preservación de nuestro pie. Nuestro Padre, nuestro Guía, nuestro Señor y nuestro Dios es capaz de hacer maravillas por nosotros en la tierra de los vivos. El es quien nos pide, nos dice y nos ordena a no tener "temor del pavor repentino." Cada vez que un "temor al pavor repentino" nos moleste por dentro, debemos verbalizar una disculpa al Señor: "Lo siento, Señor; lo estoy hacien-

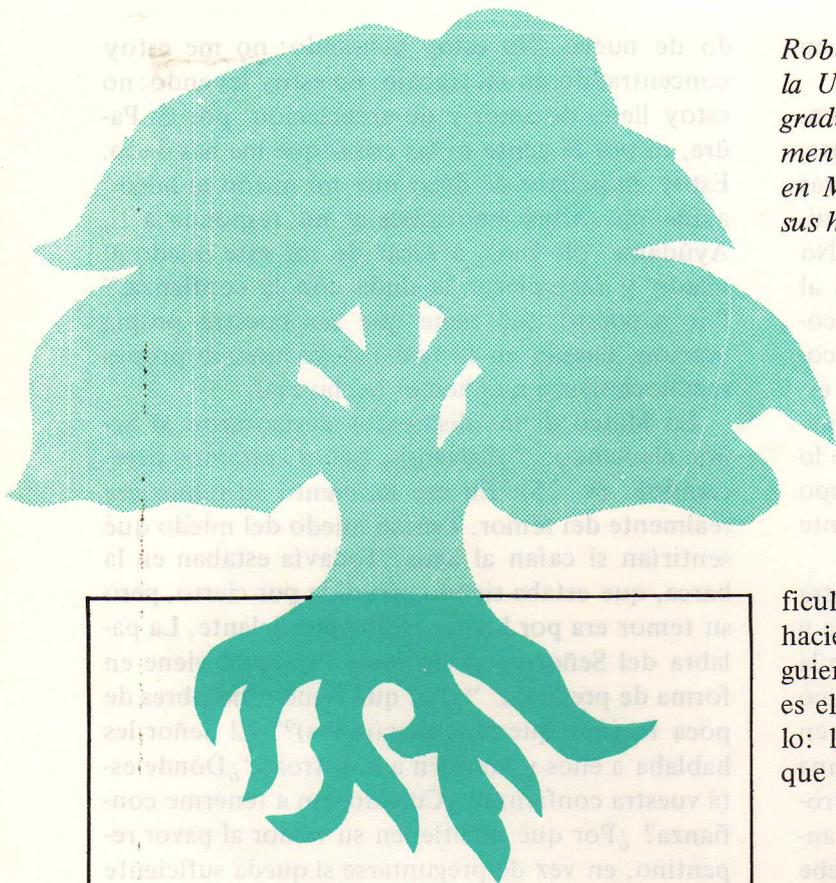
do de nuevo. No estoy pensando; no me estoy concentrando en mi trabajo; no estoy leyendo; no estoy lleno de amor y de apreciación por ti, Padre, ni por la gente ni las cosas que me has dado. Estoy en peligro de dejar que mi miedo al miedo anule mis otras emociones y no responda a ti. Ayúdame, oh Dios, a sacar de mí este miedo al miedo y reemplazar la duda con la confianza." Por supuesto que tiene que ser nuestra propia oración, basada en la realidad de nuestro propio reconocimiento que hemos hecho mal.

En Mateo 8, los discípulos despertaron al Señor clamando: "¿Sálvanos, Señor, estamos pereciendo!" (v. 25). En ese momento su temor era realmente del temor. Tenían miedo del miedo que sentirían si caían al agua. Todavía estaban en la barca, que estaba siendo sacudida por cierto, pero su temor era por lo que estaba por delante. La palabra del Señor en el siguiente versículo viene en forma de pregunta: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe (mis queridos discípulos)?" El Señor les hablaba a ellos y también a nosotros. "¿Dónde está vuestra confianza? ¿Cuándo van a tenerme confianza? ¿Por qué mantienen su temor al pavor repentino, en vez de preguntarse si queda suficiente tiempo para demostrar su confianza?"

(Vosotros de poca fe) no tengas temor de pavor repentino, ni de la ruina de los impíos cuando viniere, porque Jehová será tu confianza, y él preservará tu pie de quedar preso.

Proverbios 3:25,26.

Y la fórmula del mismo Señor debe ser aplicada aquí. No es sólo asunto de declarar que "ya no vuelvo a temer", sino de hacerlo según Filipenses 4:6. En vez de tener ansiedad y temor, debemos de orar. La oración debe comenzar dando gracias por todas las cosas reales que han sucedido en el pasado, para que nos llenemos de la emoción de una gratitud real y de confianza en aquél que ha hecho todo lo que estamos diciendo audiblemente. Después de nuestra acción de gracias, estaremos listos para pedir, preguntar y suplicar a nuestro Padre que nos escucha con respecto a las cosas que nos hacen temer y nos preocupan. De esta manera cumplimos con el mandamiento de no "temer al pavor repentino" en obediencia y en amor para él. *Tomado de New Wine, Marzo 1978 Edith Schaeffer es la esposa de Francis Schaeffer, reconocido autor, filósofo y teólogo cristiano. Este artículo es tomado del libro A Way of Seeing (Una manera de ver) de Edith Schaeffer, publicado por Fleming H. Revell, y usado con permiso.*



Una raíz firme

por Robert Grant

Uno de los aspectos más alentadores de la vida cristiana es descubrir que aún los personajes bíblicos, a quienes hemos elevado a un nivel de perfección, tuvieron ocasiones de demostrar sus errores y limitaciones. Eso nos enseña que no somos los únicos que ocasionalmente tenemos di-

Robert Grant completó sus estudios de religión en la Universidad de California del Sur. También es graduado en Historia de la Iglesia y Nuevo Testamento de la Universidad George Washington. Vive en Misión Viejo, California, con su esposa Sue y sus hijos.

ficultad al entender lo que Dios está diciendo y haciendo en nuestras vidas. Un ejemplo es la siguiente parábola del sembrador, en Marcos 4, que es el punto de enfoque en el tópico de este artículo: los discípulos no entendieron exactamente lo que Jesús les decía.

¡Oíd! El sembrador salió a sembrar; y aconteció que al sembrar, parte de la semilla cayó junto al camino, y las aves vinieron y se la comieron. Y otra parte cayó en lugares pedregosos donde no tenía mucha tierra; y en seguida brotó porque la tierra no era muy profunda. Pero cuando salió el sol, se quemó; y se marchitó porque no tenía raíz. Y otra parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. Y otra parte cayó en tierra buena, y creciendo y desarrollándose, daba fruto, y producía treinta, sesenta y cien veces.

Y él decía: El que tiene oídos para oír, que oiga.

Y tan pronto como se quedó solo, sus seguidores, junto con los doce, comenzaron a interrogarle sobre las parábolas (vs. 3-10).

Es alentador descubrir que la "élite" de este grupo de hombres que rodeaban a Jesús, que estaban más cerca de él y que compartían más de su vida que cualquiera otro, tuvo que preguntarle a Jesús el significado de la parábola. Es un alivio saber que aún los discípulos a quienes muchas veces queremos hacer super santos, tuvieron necesidad de que Jesús les clarificara lo que Dios estaba di-

ciendo. Jesús dio la explicación de la siguiente manera:

El sembrador siembra la palabra. Y éstos son los que están junto al camino donde se siembra la palabra; y cuando oyen, al instante Satanás viene y se lleva la palabra que se ha sembrado en ellos. Y de igual manera, éstos son en los que la semilla cayó en lugares pedregosos, quienes al escuchar la palabra en seguida la reciben con gozo; pero no tienen raíz firme en sí mismos, sino que sólo son temporales. Entonces, cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, al instante se apartan (vs. 14-17).

El versículo central al tema de este artículo es el 17: "Pero no tienen raíz firme en sí mismos, sino que sólo son temporales. Entonces, cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, al instante se apartan." Este versículo dice que si tenemos un "sistema de raíces" personales fuerte en el fundamento de nuestra vida cristiana, tendremos permanencia y estabilidad en la fe.

El sistema de raíces de un árbol son los órganos hundidos en la tierra que le permiten absorber su alimento. Estabiliza y sostiene al árbol al mismo tiempo que lo provee de vida. La naturaleza misma ofrece ejemplos de lo necesario que es tener un buen sistema de raíces. En el patio de mi casa tenía dos árboles que eran idénticos en apariencia. Pero vino una tormenta con vientos recios que golpearon contra ellos y sólo uno quedó en pie; el otro se vino abajo rápidamente. La diferencia la hizo la profundidad y fortaleza de las raíces que sostuvo a uno en medio de la tormenta que el otro no tenía. Uno sobrevivió y el otro no. Aunque el árbol sobreviviente pasó por un tiempo en el que perdió todas sus hojas, se mantuvo firme porque tenía un sistema de raíces fuerte.

El versículo 17 dice que los que no tienen raíz firme son sólo temporales. Caerán cuando se levanten los vientos de la aflicción o la persecución. De manera que las raíces no sólo son para obtener alimento y para dar vigor: también están allí para sostener en tiempos de tormenta. En nosotros es el medio de sobrevivir la aflicción y la persecución.

El día de la prueba

La declaración de Jesús en Mateo 7 es una verificación bíblica de la importancia de tener un fundamento firme para nuestras vidas:

Por eso, cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, se puede comparar a un hombre sabio, que edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; pero no cayó, porque había sido fundada sobre la roca.

Y todo el que oye estas palabras mías y no las pone en práctica, será como un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena. Y cayó la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; y cayó, y grande fue su derrumbe (24; 27).

El fundamento de una casa, igual que el sistema de raíces de un árbol, tiene que ser fuerte y seguro para que soporte el día de la prueba y la aflicción.

El fundamento de una casa, igual que el sistema de raíces de un árbol, tiene que ser fuerte y seguro para que soporte el día de la prueba y la aflicción.

Una de las características de las casas en el sur de California es que son construidas para soportar temblores de tierra hasta de 8.5 en la escala de Richter. En ese respecto, las casas en el sur de California son diferentes a las del resto de la nación. Son edificadas con especificaciones que soportarán el día de la prueba. De otra manera, cuando los temblores vengán, las paredes se rajarán, los ladrillos se desprenderán y la casa se derrumbará.

Creo que Dios nos está exhortando a edificar nuestras casas espirituales y a permitir que las raíces

ces en nuestras vidas personales se profundicen de tal manera que podamos permanecer firmes en el día de la prueba y de la aflicción que se avecina. Nosotros en esta nación no estamos del todo conscientes de la persecución que muchos sufren alrededor del mundo, y tratamos de ignorar lo que las Escrituras dicen que viene. Tal vez no estemos anticipando un gran derrumbe, pero tenemos que prepararnos para el día de la calamidad. No me propongo ser un profeta de destrucción; sólo quiero declarar fielmente la advertencia del Señor Jesús que, inevitablemente, vendrán días difíciles sobre la tierra. Tenemos que reconocer nuestra responsabilidad de estar preparados para ese día y eso requiere que desarrollemos nuestras raíces profundamente.

La mentalidad de estar firme

Estar firme significa permanecer inmovibles. No tiene que ver con el aspecto de acumular todas las energías espirituales en preparación para la batalla. Si bien hay una guerra espiritual para la que debemos estar preparados, a veces esta mentalidad de guerrero nos puede meter en dificultades. La reacción de Pedro cuando Jesús fue capturado en Getsemaní representa la mentalidad de muchos hombres cuando son amenazados o presionados. Pedro sacó la espada y cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote. Esa mentalidad hace reaccionar en forma violenta y destructiva, no comunica nada de redención y es diferente a estar firme.

Una de las características que marcan la vida de Jesús es que él supo permanecer firme. Lo demostró cuando fue perseguido y acusado; cuando fue golpeado y ridiculizado; cuando fue retado por los líderes religiosos de su día y confrontado por las autoridades seculares. Él se mantuvo inmóvil en su propia identidad y propósito. Jesús tenía un fundamento firme y una raíz profunda y no reaccionó con arrebatos.

Tengo que confesar que soy el principal ofensor cuando se habla de arrebatos. En los últimos años he tenido que arbitrar en conflictos entre hermanos que no estaban de acuerdo entre sí o conmigo, y he descubierto que no a todos les caigo bien o les gusta lo que estoy haciendo. Me he encontrado en situaciones como confrontado, acusado y condenado. Algunas veces las acusaciones eran justas, pero muchas eran falsedades y distorsiones horribles de la verdad. En situaciones semejantes he sentido el deseo de saltar sobre la mesa y agredir

físicamente a mis acusadores. Igual que Pedro he reaccionado violentamente y he querido justificarme diciendo que mi indignación era justa. Pero la verdad es que mis raíces no eran muy profundas y no pude permanecer firme frente a la presión y a la persecución.

La persona que conoce bien su identidad, permanecerá inmovible en la confrontación. No importa lo que hagan otros en situaciones delicadas, ella mantendrá su paz porque tienen una raíz fuerte. Sabe lo que es y permanece firme, no importa cuánto vociferen y desvaríen contra ella.

La firmeza no es obstinación ni resistencia violenta. Es permanecer inmovibles como lo hizo Jesús.

La firmeza no es obstinación ni resistencia violenta. Es permanecer inmovibles como lo hizo Jesús. La única manera de lograrlo es teniendo una raíz profunda en nosotros. No importa que la presión sea de adulación o de acusación, como: "Hermano, Dios te usa poderosamente" o "Eres un hereje; estás engañado." Nada la moverá porque, igual que Jesús, tiene una raíz profunda en el conocimiento de Dios y de sus caminos.

Cómo echar raíces

Veamos ahora qué cosas nos ayudan a desarrollar un sistema de raíces firmes.

Primeramente, debe determinar que *usted es el responsable* de desarrollar sus propias raíces. Usted y yo tenemos que venir personalmente delante de Dios y confesar: "Señor, no importa lo que mi comunidad pueda hacer para sostenerme, no importa lo que el liderazgo sea capaz de hacer para apoyarme y fortalecerme, o lo que mi esposa (o esposo) haga para alentarme, reconozco que *sólo yo soy responsable delante de ti* de desarrollar raíces firmes dentro de mí." Quiero enfatizar di-

ciendo que nadie lo puede hacer por usted. La predicación, la enseñanza, la exhortación o la presión de otros no desarrollará sus raíces. Usted mismo tiene que hacerlo.

Una de las razones por la que es una responsabilidad tan personal, es que sus raíces, como la de las plantas, son invisibles. La raíz es la parte del individuo que no se ve. A esto se refería David en el Salmo 51: "He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo." Todo individuo tiene su parte invisible que sólo Dios conoce. La comunidad lo ignora, al pastor se le pierde de vista y a su esposa o esposo no le es completamente evidente. Por eso es que su desarrollo depende de usted. Sólo Dios puede ver sus raíces.

En segundo lugar, usted debe *desarrollar su propia teología personal*. El propósito de enfatizar una teología personal en contraste con la del grupo a que pertenece es el siguiente: Todo cuerpo de creyentes debe adoptar una declaración común de fe, de doctrinas que todos crean, confiesen y con las que edifiquen sus vidas. Sin embargo, hay algo más profundo que debe ocurrir. La teología del grupo tiene que ser personalizada e individualizada. Cada cual debe decir: "Yo creo. Yo creó que Jesús es el Hijo de Dios. Yo creo que Dios el Padre lo levantó de los muertos..." Es necesario que cada persona confiese individualmente sus creencias y convicciones.

Es necesario que cada persona confiese individualmente sus creencias y convicciones.

Uno de los peligros sutiles de la vida en comunidad es que el individuo adopte las normas y las convicciones colectivas y dependa de ellas a tal extremo que descuide su propia teología personal. Y si esto sucede, sus raíces no se desarrollarán.

Si estudiamos los períodos de la historia de la iglesia cuando los credos fueron escritos, encontraremos que estos nacieron bajo conflictos, persecución y ataques contra la sana doctrina, forzan-

do a los cristianos a declarar la verdad que realmente creían. Nosotros también necesitamos tener nuestra propia teología individual de lo que creemos en nuestro corazón, para confesarlo con nuestra boca y permitir que nuestras raíces se profundicen de tal manera que podamos permanecer firmes ante la controversia y la persecución.

Si todo lo que tenemos es una teología de grupo o sistema de raíces colectivo, ¿qué nos pasaría si el grupo fuese sacudido? Muchas veces, cuando una comunidad es probada, algunas personas del grupo se desilusionan de tal manera que pasan años separados de Dios por carecer de convicciones personales. Esposa, no es suficiente depender de las convicciones y de la fe de su marido. Usted debe tener las suyas propias. ¿Qué pasará cuando él no esté presente y usted tenga que depender de sus propias raíces? Hombre, ¿qué de las situaciones en las que no haya hermanos para fortalecerlo y levantarlo? ¿Qué de los negocios u otras circunstancias donde no hay nadie observándolo? ¿Qué lo va a sostener? ¿La teología de su grupo o su declaración de fe? No. Tiene que ser lo que usted mismo haya aceptado y tomado como su propia teología personal, establecida en la integridad de su propio sistema de raíces.

El tercer factor está muy relacionado con el segundo: *usted debe estar dispuesto a comparecer solo ante Dios*. Esta es la secuencia natural de aceptar su responsabilidad personal de establecer un sistema de raíces y de desarrollar su propia teología personal. Algo sucede que lo compromete y lo obliga a comparecer solo ante Dios, satisfecho y seguro en su relación personal con él.

Dietrich Bonhoeffer en el tercer capítulo titulado El Día Solo, de su libro *La vida juntos*, expresa este punto de la siguiente manera:

"Muchos buscan compañerismo porque temen estar solos. Son impulsados a buscar la compañía de otras personas porque no soportan la soledad. Hay cristianos también que no toleran estar solos, que han tenido alguna mala experiencia consigo mismos, que tienen la esperanza de recibir alguna ayuda en su asociación con otros. Generalmente terminan desilusionados. Entonces culpan a la confraternidad por lo que es realmente su propia falta. La comunidad cristiana no es un sanatorio espiritual. La persona que entra a un grupo de comunión porque está huyendo de sí misma, la está mal usando como diversión, no importa lo espiritual que aparente ser esta diversión. De ninguna manera busca la comunidad, sino sólo la distrac-

ción que le permita olvidar su soledad por un breve momento, la alienación misma que crea el aislamiento mortal del hombre. La desintegración de la comunicación y de toda experiencia genuina y finalmente la resignación y la muerte espiritual son el resultado de dichos intentos de encontrar una cura."

Lo que dice Bonhoeffer es que un deseo mal motivado de involucrarse en la comunidad terminará en la desintegración de la comunicación, la debilitación de una experiencia genuina, la resignación y finalmente la muerte espiritual. La advertencia es muy severa.

El autor comienza su próximo párrafo de la siguiente manera: "El que no pueda estar solo que se guarde de la comunidad." Quien no pueda comparecer solo delante de Dios porque no ha querido responsabilizarse en desarrollar su propio sistema de raíces, que se guarde de la comunidad. Buscar comunión con otros sólo para escapar de la soledad conduce rápidamente al engaño.

El cuarto paso es *estar dispuesto a sufrir*. Tendemos a ver el sufrimiento como algo que se debe evitar, rodear y sólo experimentar brevemente. Pero, ¿qué de las pruebas que el Señor nos envía? ¿Estamos dispuestos a aceptarlas para determinar nuestra perseverancia? ¿Podremos enfrentarnos al sufrimiento y a la persecución y al abuso de las personas? ¿Podremos perseverar con firmeza y recibir lo que Dios tiene en todo eso? Muchos en ese día murmurarán y se quejarán. Pero tenemos que estar dispuestos a sufrir si queremos echar raíces profundas.

Un paso final es *aceptar con apreciación el privilegio de ser podados*. Cuando se corta lo que impide el crecimiento, el árbol se fortalece y sus raíces se profundizan. Gran parte de lo que pasamos en tiempos de prueba se debe al proceso de la poda de Dios.

El ministerio de Juan el Bautista es un ejemplo de la manera en que Dios puede podar. Cuando Juan decía: "Generación de víboras", muchos resistían sus palabras aunque venían ungidas por el Espíritu Santo. Con corazones endurecidos rechazaban el mensaje, al mensajero y al reino de Dios. Otros recibían sus cortantes palabras reconociendo que su corrección era la hoja filosa del cuchillo de Dios y eso les aparejaba el camino para entrar en el reino.

Si podemos aceptar la palabra fuerte de corrección y el proceso de la poda de Dios, nuestras raíces se fortalecerán y podremos permanecer firmes.

Si podemos aceptar la palabra fuerte de corrección y el proceso de la poda de Dios, nuestras raíces se fortalecerán y podremos permanecer firmes.

La obediencia

Para terminar, veamos nuevamente Mateo 7:24 y 25:

Por eso, cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, se puede comparar a un hombre sabio, que edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; pero no cayó, porque había sido fundada sobre la roca.

La casa no cayó porque el hombre sabio oyó las palabras del Señor y las puso en práctica. Es decir, porque *obedeció*.

Creo que en los días que se avecinan tendremos que renovar nuestra obediencia. No en el sentido de obedecer a nuestro líder, sino a la palabra específica que Dios nos da. Esta obediencia personal al Espíritu de Dios es más que un ejercicio religioso; es el requisito esencial para dar fruto, para cumplir con el propósito de Dios y para la vida misma.

Dudo que alguno de nosotros alcance repentinamente el grado de madurez en el que se deje dirigir perfectamente por el Espíritu Santo. Pero podemos ser entrenados para oír y obedecer la palabra que Dios nos está hablando personalmente. Si usted siente que el Señor lo está impulsando para que le testifique a alguien, obedézcale. Eso fortalecerá su fundamento. El que oye y hace es el que permanece. Que Dios nos ayude a echar raíces firmes para que en el día de la adversidad permanezcamos obedientes e inmovibles.

Tomado de *New Wine*, Marzo 1981

JULIO/AGOSTO 1983

cartas

Desde Buenos Aires, Argentina

Estimados hermanos de Vino Nuevo:

Quiero decirles que me gusta mucho la buena literatura, me gustaría que sigan enviándome la revista, pues siempre todo lo que recibo de literatura lo comparto con los hermanos confinados de distintas cárceles del gran Buenos Aires, gracias a Dios tengo el privilegio de poder introducir literatura abundante en las unidades carcelarias y lo aprovecho en esta forma, gracias a ustedes y a Dios principalmente por esto, sin más por el momento me despido del grupo de hermanos que llevan a cabo la revista.

De ustedes muy atentamente,
Oscar Gómez

Estimados siervos del Señor:

Me dirijo a ustedes a fin de solidarizarlos tengan a bien enviarme la revista *Vino Nuevo*.

Es de mi conocimiento que dicha publicación es de suma bendición a quienes la reciben, y estoy deseoso de ser uno de ellos. Por esta razón, y porque seguramente será de ayuda para mi ministerio, les adjunto mis datos personales. Sin más, les saludo fraternalmente,

Rubén Proietti

Desde New Jersey, EE. UU.:

El motivo de la presente es para felicitarles por la edición de *Vino Nuevo* de Enero/Febrero 1983, que acabo de recibir.

VINO NUEVO

Cada número sigue creciendo en su contenido, especialmente quiero felicitarles por el artículo de "El Varón Renegado" por Bob Mumford, esperamos con ansias el próximo número para ver la continuación de dichos artículos que prometen seguir publicando. Inmediatamente nos hemos puesto a llevarlo a un estudio concienzudo dentro de nuestra membresía, dado su importancia en el momento justo que estamos viviendo. De los frutos obtenidos en el futuro oportunamente les informaré.

Nos gozamos de tener una revista que no sólo sirve para leerla, sino para educar y aprender de la misma a quienes estamos verdaderamente interesados en hacer progresos en los caminos de Dios.

La revista nos conforta si sólo pensamos que estamos viviendo una situación bastante apremiante ya que hace un año y cuatro meses que no trabajamos, pues la empresa para la que laboro, está afectada por esta crisis económica y no logra reponerse del impacto que ha causado este desastre económico en esta nación y las naciones todas en general.

Nos alegramos de todo lo que pasa, porque como cristianos sabemos y conscientes estamos que en el hombre no hay solución y esto nos da la oportunidad para poder hacer comprender al hombre que: "CRISTO ES LA ÚNICA RESPUESTA A TODAS NUESTRAS NECESIDADES".

Que Dios le bendiga ricamente, son los deseos sinceros de su hermano en Cristo,

José L. Oyarzún

Desde Lima, Perú

Por intermedio de la presente tengo el privilegio de hacer expresiva mi profunda gratitud por los

envíos puntuales de la buena revista "VINO NUEVO", que gracias al Señor y a ustedes recibo puntualmente. Sus estudios, comentarios y temas me ayudan personalmente instruyéndome de una manera tremenda, la misma que comparto con mis hermanos en Cristo en la congregación local y otros.

Amado hermano Director, reitero mi agradecimiento por los beneficios valiosos de la revista "VINO NUEVO" y lo saludo con mucho cariño en el Señor Jesucristo nuestro amado Salvador, orando que Dios permita recibir esta publicación de ayuda a su servidor.

Enrique Agüero B.

Desde Isabela, Puerto Rico

Señores:

Hace aproximadamente dos años, tal vez más, he estado recibiendo en mi apartado su revista "Vino Nuevo". Ustedes la envían a una persona llamada Pedro S. González. Debido a que desconozco quien sea esta persona, he estado devolviendo dicha revista cada vez que llega a mi apartado.

Esta vez, cuando abrí mi apartado y encontré la revista, decidí devolverla luego ya que estaba de prisa. Al otro día, cuando tomé la misma en mis manos para llevarla al correo, sentí que algo me dijo "ábrela". Cual no fue mi sorpresa cuando al abrirla me tropecé con un tema relacionado con una situación por la cual yo estaba pasando. Demás está decirles que leí dicho tema y para mí fue de grande bendición.

Debido a esto, he decidido suscribirme a su revista. Les incluyo giro por la cantidad de \$6.00. Sírvanse suscribirme a su revista. Gracias.

Fraternalmente,
Edith C. Pagán